

LA
DE

TIERRA
TODOS





LA TIERRA DE TODOS

REVOLUCION
POR LA CENSURA OBSERVATIVA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 4425 A. - BARCELONA

LA TIERRA DE TODOS

Magnífica producción cinematográfica
inspirada en la novela del insigne y malogrado novelista
DON VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Dirección de FRED NIBLO



METRO-GOLDWYN PICTURES

Exclusiva de
METRO-GOLDWYN CORPORATION

Mallorca, 220
BARCELONA



Argumento narrado por Francisco-Mario Bistagne y Andrés Bayón

Genial interpretación de

GRETA GARBO

ANTONIO MORENO

ROY D'ARCY

LIONEL BARRYMORE

Etc.

LA TIERRA DE TODOS

Argumento de la película

UNA NOCHE DE CARNAVAL

La platea del teatro estaba convertida en pista para danzar.

De las barandillas de los palcos pendían mantones de Manila, como banderas luminosas de un país multicolor. La gran araña de cristal que colgaba del decorado techo reflejaba en sus mil facetas las olas ardientes del mar humano.

El todo París aristocrático y señorial se había dado cita en el mejor baile de máscaras de la temporada.

Originales disfraces de todas las épocas ponían en el salón un compendio de cómo vistieron las gentes en el transcurso de los siglos.

Junto a las marquesitas empolvadas del Triánón, las bacan-

tes griegas de blancas túnicas; al lado de las armaduras de los señores feudales, los trajes de gaucho de la América del Sur.

Una lluvia de flores y serpentinas caía del techo como una cortina de luz.

Dos orquestas alternaban de continuo en la melódica armonía de los bailes.

Y al ritmo gracioso e ideal, o a las combinaciones sinfónicas de última hora contestaban, moviéndose frenéticamente, los bailarines, como si tuvieran alas en los pies.

Pierrots, Colombinas y Arlequines, todos los bellos personajes de la Comedia Italiana destacaban sus eternos trajes delicados de actores de una farsa de amor.

Un pierrot, en un rincón, hacía sonar la mandolina, extrayendo de su caja musical la evocación melancólica de alguna ingrata.

En uno de los palcos, cerrado hasta entonces, aparecieron un hombre y una mujer.

El iba con negro dominó y ella en traje de *soirée*, pero cubriendo sus facciones bajo una careta blanca.

De pie los dos, quedaron contemplando el espectáculo animado de la fiesta.

La mujer era arrogante, de cuerpo gracioso y vivo, y la suave piel que dejaba libre el antifaz tenía un frescor natural. Los labios bien trazados y rojos dejaban ver al entreabrirse una dentadura impecable. Pequeños rectángulos luminosos parecían encaparse del cáliz de esa rosa carnal.

Era él de mediana edad y el cabello comenzaba a clarear en sus sienes. Sus ojos grandes y duros contemplaban con una mezcla de apasionamiento y dominación a su compañera. Parecían suplicar y exigir.

—Quiero tener una contesta-

ción definitiva ahora mismo. Usted sabe bien que no puedo continuar aguardando... No quiero esperar más; me es imposible.

La dama le envió a través de los agujeros del antifaz una sonrisa triste.

—¿Será posible que no pueda usted comprender, Fontenoy? —le contestó—. No le quiero, ni podré quererle nunca.

Y esquivando su cuerpo a una caricia que él quiso insinuar, abandonó el palco, perdiéndose en el humano laberinto.

En vano el llamado Fontenoy la buscó con los ojos, procurando hallarla entre los bailarines...

Su empeño era absurdo. Centenares de parejas llenaban el salón, impidiendo reconocer a nadie.

La desconocida se vió rodeada por un grupo de máscaras, vestidas con los más diversos disfraces, que formaron rueda a su alrededor, gritando y burlándose de ella.

Asustada se alejó de allí. Se adivinaba en toda su actitud la desesperación de la mujer infeliz a quien la dicha de los demás

parece hacer más patente la desgracia propia.

Pudo librarse finalmente, cuando se encontraba en otra de las salas del teatro, de la persecución de las máscaras.

Sola, quedó unos instantes pensativa como si vacilara en abandonar definitivamente el baile o volver al salón junto al llamado Fontenoy.

Un hombre con antifaz y dominó negro avanzó hacia donde ella estaba. Parecía huir también del bullicio del baile como si buscara la amplitud de la libertad.

Se detuvo ante la fugitiva y admiró la esbeltez de lirio de su cuerpo que adivinaba besado por la belleza y la juventud. Se hizo el efecto de una aparición inquieta y delicada. Tras la careta blanca le parecieron ver brillar dos ojos con la pureza de la luz matinal.

También ella pareció sorprendida por este desconocido que la contemplaba en silencio con el homenaje callado de la admiración. Creyó soñar cuando vió que él la cogía y acariciaba la mano diciendo:

—Debe ser usted muy hermosa...

Su voz temblaba emocionada.

—¿Quién es usted?—, prosiguió—. ¿Cómo está usted aquí tan sola? ¿No quiere venir conmigo al jardín?

Maquinalmente, sin contestarle, la mujer le fué siguiendo hasta el exterior. El jardín estaba besado por la luz de la luna. Rasgaban el fondo sombrío de las avenidas los luminosos cohetes.

—Señorita, perdone usted mi atrevimiento; ¿me permite ver su rostro divino?

Estaba seguro de que no iba a decepcionarse. Aquellas líneas delicadas tendrían por remate una hermosa cabeza...

Sonriente, admirada, ella dijo:

—¿No tendrá usted una desilusión?

—¡Jamás!

Se quitó la careta y apareció ante el joven uno de los rostros más lindos que ha creado Dios.

—¿Qué hermosa!—dijo.

Y siguió acariciando sus manos con una deliciosa languidez, sintiendo sobre sí la mirada húmeda de ella.

—¡Qué extraño y maravilloso encuentro! Sin saber por qué, lo presentía. Estaba seguro de encontrar hoy en el baile una mujer hermosa.

—¡Hay tantas mujeres aquí! — murmuró ella—. ¿Por qué precisamente he de ser yo la que busca?

—Algo misterioso me ha guiado tras de sus pasos. Adiviné su belleza, y su rostro resultó pálido ante la realidad.

—¡Adulador!

—Diga, más bien, enamorado... enamorado de lo divino.

De pronto, los grupos de máscaras sembraron el jardín de las flores de su alegría, y viendo a la pareja juvenil, se acercaron a ella y la rodearon dando grandes gritos.

Les señalaron sonrientes, haciendo burla de su «flirt» de Carnaval, y hasta un muchacho disfrazado de pierrot se arrodilló ante ellos y les declamó una estrofa lírica.

Aguantaron los dos jóvenes aquel chaparrón de donosas burlas y luego se alejaron buscando en otras umbrías del jardín la complicidad de sus ensueños.

El también habíase quitado la careta, y la mujer le contempló con curiosa simpatía. Sus palabras correspondían bien a su porte físico. Era un hombre de unos treinta años, moreno y de ojos enérgicos, y su boca sonreía bajo un fino y sedoso bigote. A ella le agradó este desconocido.

—Pero, ¿quiere usted hacer el favor de decirme qué es lo que usted desea? —preguntó—. ¿Por qué viene conmigo, a mi lado?

—Lo que más he deseado toda mi vida ha sido encontrarme al lado de una mujer como usted, en una de estas deliciosas noches.

—¡Pero estas noches de Carnaval pasan tan pronto!

—Para algunos, sí. Para mí su recuerdo durará toda la vida... Algo me atrae hacia usted, fatalmente... No miento, no he mentado nunca... Yo sé que usted tenía que llegar... Era la mujer que aguardaba...

—¿Por qué me engaña usted con sus palabras dulces? ¡Ay, las mujeres! Estamos destinadas a escuchar siempre bonitas mentiras...

—¡No... no... no soy ningún niño!... Pero esta noche... esta noche de Carnaval... me siento con deseos de amar... de querer...

En el cielo aparecían cohetes y bengalas... Extraños perfumes llegaban a ráfagas del gran esencia de la Naturaleza. Cerca, en un estanque, se deslizaba una barca y en ella unas parejas cantaban una canción de amor. Otros enamorados se ocultaban en la espesura, alzando al cielo la voz divina de sus ensueños.

La mujer se apretó contra él y le miró con una imploración extraña.

—¡Qué veo!—preguntó el caballero—. ¡Llora usted!

—Sí, lloro... no sé qué me ocurre... lloro. ¡Oh, esta noche! ¡Qué extraño maleficio hay en

ella? ¿Por qué me ha hablado usted así?

—Porque la quiero...

Sus labios se unieron, apretándose en un beso en que parecía concentrada la poesía vaga y misteriosa del ambiente. Ella comenzó la caricia, brindando sus labios de miel como una ofrenda al instinto misterioso y superior que impele todos los actos humanos.

El besó su boca, sus lágrimas...

—¡Lloras! ¡Oh, yo te amo... te amo!

—¡Sí, lloro de felicidad! Estos han sido los primeros momentos felices de mi vida...

Y unidos fueron andando por el silencioso jardín y el tiempo pasó inconsciente, sin darse cuenta ellos de que lo vivían y de que la noche era testigo de su gloria amorosa...

* * *

Las primeras luces del alba aparecieron en el cielo cuando terminó la fiesta.

Los automóviles formaban largas hileras para volver las máscaras, invadidas de cansancio, hacia sus hogares.

Los dos enamorados habían tenido toda la noche para cantar el epitalmio de su pasión. Y ahora llegaba el momento de la despedida, el instante de la separación...

—¿Dime que me amarás toda la vida!... ¿Dímelo y me sentiré feliz!...—le decía él.

—¿No tienes confianza en mí? ¿Por qué me lo preguntas?—respondió ella, suave...

—No sé... Temo algo fatal... Nos hemos encontrado de un mo-

do tan bello e imprevisto... Mi corazón me anuncia que voy a perderte... Por lo que más quieras, dime tu nombre.

—¿Qué importa mi nombre?... Ha de bastarte saber y confiar que serás correspondido.

—¿Tanto me quieres?

—Sí...

El muchacho puso en uno de sus dedos una sortija que ella besó con apasionamiento.

—¿Dónde y cuándo volveré a verte?—preguntó él.

—Aquí, en este jardín... mañana... y todas las noches, mientras dure tu amor.

—Mi amor durará siempre...

—¡Ojalá!... Pero una sola cosa te pido: que no olvides nunca que tus palabras me han hecho llorar.

—Yo no seré ingrato...

Llamaron a un *taxi* de alquiler... Subieron a él... Luego, después de haberse dado un último y ardiente beso, se despidieron cerca de uno de los bulevares.

Ella prosiguió en el coche, y él siguió su camino a pie hacia su casa. Llevaba en el alma una felicidad radiante.

—¡Oh, París!... ¡Oh, hermosa ciudad!—se dijo.

Y anduvo con una alegría de estudiante enamorado que viene de la primera cita.

Y, sin embargo, sus tiempos moceriles estaban ya muy lejos... El era un hombre de trabajo, un ingeniero que tenía sobre sí la responsabilidad de obras importantes en la Argentina.

Se llamaba Manuel Robledo y era español...



ELENA DE TORREBIANCA

La residencia de los marqueses de Torrebianca estaba situada en uno de los barrios más aristocráticos de París.

Vivían en una casa elegante, con todos los refinamientos a que puede aspirar la gente de espléndida fortuna. No faltaba nunca el automóvil a la puerta ni media docena de criados dejaban de prestar servicio para el matrimonio.

A pesar de ese lujo exterior, se susurraba que la fortuna de los marqueses estaba en merma. Ciertas gentes hablaban de que el marqués estaba totalmente arruinado y únicamente por extrañas proyecciones mantenía aún en pie el lujo de los tiempos felices.

Federico Torrebianca no parecía preocuparse poco ni mucho

de las extrañas murmuraciones. Hombre de unos treinta años, adoraba el goce de la vida parisienne y, como habían hecho tal vez algunos de los antepasados de su linaje, no era exclusivista en el amor. Sabía compaginar bien el cariño hacia su esposa con los devaneos fáciles que la vida moderna brinda con monótona constancia. En su misma casa no le faltaban aventurillas para solazar su existencia de parásito.

Una tarde el marqués se encontraba en la salita de piano arrancando al teclado las notas de una canción de moda. Interrumpía a veces su trabajo para beber pequeños sorbos de champaña. Luego volvía a su obra con el cansancio de un artista que tantea la inspiración.

Una criadita, alegre y pizpireta, arreglaba un ramo de flores rojas, poniéndolas en fino y tallado búcaro.

El marqués la llamó.

—Rica, ¿cómo va eso?

La camarera, convencida de que nadie espía en el salón, acercóse al marqués y le besó los labios. Luego, contenta de la protección que le dispensaba Torrebianca, alejóse con pasos menuditos y graciosos, moviendo rítmicamente su cuerpo.

Torrebianca sonrió... Estas aventuras fáciles y sin compromiso eran las que más le agradaban... Luego, ligeramente pensativo, volvió a hacer emitir al piano unas notas desafinadas.

Entró un mayordomo con una bandeja de plata, ofreciéndole una tarjeta. Torrebianca arrugó repentinamente el ceño. Iba a decir que no recibía a nadie, cuando al leer la cartulina varió de opinión.

Manuel Robledo

La Prensa

Argentina

—¡Que pase... que pase! — dijo alegremente.

Y evocó instantáneamente la figura de su compañero Robledo, al que llevaba muchos años sin ver. Eran de la misma edad. Habían estudiado juntos, a los veinte años, en la Escuela de Ingenieros de Lieja. Torrebianca, de familia italiana, admiró a Manuel Robledo, el estudiante español que ganaba sin esfuerzo los mejores laureles.

Terminada la carrera, la vida les fué separando a la ventura. Torrebianca casó y permaneció en Europa; Robledo, espíritu conquistador como los antiguos españoles, buscaba en América el trabajo y la fortuna.

Se escribían cartas con alguna frecuencia, pero éstas fueron interrumpiéndose lentamente, hasta cesar por completo.

¿Qué sería de Robledo? Muchas veces en su actual existencia de hombre inútil había pensado el marqués en él.

Al verle entrar corrió a abrazarle y los dos amigos permanecieron unos momentos enlazados en fraternal unión.

Luego se contemplaron, riendo, como si viesen los estragos

que el tiempo había causado en ellos. No eran muchos. Pero Torrebianca parecía más envejecido.

—¿Qué te trae por París? —le preguntó alegremente el marqués.

—Los negocios y el deseo de volver a ver a mis amigos.

—¿Cómo te trató la Argentina? ¿Eres rico?

—Siempre pobre. Tú sí que eres rico, por lo que veo.

Y miró en torno de él el decorado y el mobiliario.

—No lo creas —dijo el marqués, con una sonrisa melancólica—. No puedo permitirme más que un lujo...

—¿Cuál?

—Una mujer hermosa... Me casé hace ya tiempo con una dama rusa, de la corte del Zar...

—¡Bien, hombre, bien! —dijo Robledo, estrechándole la mano.

Se alegraba de volverle a ver... de recordar los tiempos estudiantiles... ¡Cuán lejano estaba todo!

—¿Vienes por mucho tiempo?

—Unos meses nada más.

—¿Qué haces en la Argentina?

—Formo parte de una gran compañía de explotación. Estamos construyendo un dique que ha de fecundar las tierras que he adquirido en la Pampa.

—¡Bravo, Robledo! Tú te abrirás camino!

Se hizo de pronto el silencio... Pareció que el aire repentinamente se había sumergido en una oleada de esencia. Los ojos de Robledo y de Torrebianca coincidieron en el mismo sitio y apareció en el salón, radiante y bella, una elegante mujer.

Robledo se estremeció, volvióse pálido, sintió frío en las venas... Aquella criatura que avanzaba, sonriente y dulce, era la misma que la noche última, en el baile de máscaras, le había jurado amor.

Ella le miró también y únicamente sus labios parecieron plegarse en un mohín de sorpresa. Pero se repuso pronto, con la facilidad que tienen las mujeres para disimular.

El marqués los presentó.

—Robledo, mi amigo de la infancia... Elena, mi mujer.

Se estrecharon temblorosos las

manos... El español vacilaba... Tenía que abrir desmesuradamente los ojos para hacerse la ilusión de que no estaba soñando.

¿Era posible? ¿La hermosa señora que en el jardín le había estrechado de amor, con vaga y dulce poesía, era la esposa del marqués? ¿Ignoraba éste, tal vez, sus escapadas nocturnas?...

El marqués de Torrebianca, riendo, dijo:

—¿Verdad que es hermosa mi mujer, Robledo?

—Sí... muy hermosa...—contestó con voz ligera.

—¡Gracias, señor!... — dijo Elena—. No puede desmentir su origen español. ¡Siempre tan galantes!

Robledo se inclinó... ¿Qué alma tenía aquella extraña mujer que no se había turbado en lo más mínimo al verle? ¿Qué tragedia adivinó en la vida de su amigo, junto a aquella criatura que había entregado los labios a él, un desconocido, en la facilidad de una noche de Carnaval?

Un criado penetró en la estancia. Llamaban al marqués por teléfono.

—Vuelvo pronto... perdona — dijo Torrebianca.

Elena y Robledo quedaron a solas mirándose frente a frente. La aventura que al ingeniero le había hecho soñar aquella dama, se desvanecía rápidamente al chocar con la cruda realidad de las cosas.

Elena era, pues, casada, y con un amigo de los tiempos juveniles de Robledo. Sintió por ella un desdén que no podía disimular en la arruga de preocupación de su rostro.

—¡Parece mentira! —le dijo en voz baja—. Anoche me juró usted amor eterno. Y el destino quiere que la encuentre yo aquí convertida en la esposa de mi amigo. ¡Qué desengaño! ¿Por qué mintió usted de aquella manera?

—¡No, no menté...! Es cierto... ¡Te quiero... te quiero! — dijo Elena.

Robledo se acercó a la ventana. Desde allí extendía París su cielo de la tarde... ¡Y en un punto de aquella ciudad él había sido engañado por una voz acariciadora!

—No menté anoche—siguió diciendo ella.

—¿Qué sabe usted de amor?

—Te dije que te quería, porque es la pura verdad. ¡Vámonos de aquí! ¡Fuguémonos, si quieres!

—añadió con actitud desesperada, mientras sus grandes ojos de niña le sonreían maliciosos.

—¿Es posible que sea usted sincera?—dijo Robledo, gravemente—. ¡Marcharse, abandonar su hogar! ¿Lo ha pensado bien?

—¿Qué me importa todo? Anoche me hiciste entrever un paraíso de delicias. Adivino que sería feliz a tu lado.

—Si es así como entiende usted la vida, creo que no llegaremos nunca a comprendernos.

¿Por qué? ¿Qué mal hay en ello?

Y seguía acercándose con una naturalidad fingida, como si nada pudiera oponerse a la consecución de su cariño.

Robledo se apartó al percibir los pasos del marqués. Ocultaría su secreto, procurando que no trascendiera nunca a la imaginación de su amigo. ¿Qué iba a pensar Torrebianca de él?

El marqués, sonriente, dijo a su esposa:

—Fontenoy se empeña en dar una cena en tu honor, Elena.

—¿Para cuándo? —preguntó ella, arqueando las cejas, como si el nombre de Fontenoy evocase en su cerebro recuerdos punzantes.

—Esta misma noche. Y me ruega que te invite a ti, Manuel.

—Pero si no le conozco...

Torrebianca le mostró el retrato de Fontenoy, que tenían sobre una mesa.

—Fontenoy es uno de los banqueros más famosos de París y un íntimo amigo de Elena y mío. Le he dicho que tú estabas aquí, que eras mi mejor compañero, y ha querido invitarte. Ven más tarde a recogernos.

—En este caso...

Besó la mano de Elena, estrechó la del marqués y salió de la casa, pensando haber envejecido de repente. La vida interior que todos llevamos en nosotros había sufrido una honda conmoción, sumiéndole en la frialdad del escepticismo. La aventura que la noche anterior le hizo soñar en la alegre y feliz existencia de los héroes de novela, en uno de los

románticos episodios de noche de Carnaval, se había convertido en la vulgar tragedia de un matrimonio desunido. ¿Y era posible que fuese él el que rompiera aquellos lazos que adivinaba débiles y sin valor? ¡Oh, no!

¿Qué clase de mujer era Elena de Torrebianca? ¿Cómo faltaba de esa manera a su deber conyugal, confiándose al primer desconocido que pretendía quererla? Estas interrogaciones iban sembrando su camino de dudas...



LA TRAGEDIA

Más de cien comensales se sentaban a la mesa de Fontenoy. Hombres y mujeres de lo más elegante de París se apretaban en el gran comedor, encuadrado por biselados espejos. Una legión de criados, de librea, vigilaba que todo estuviera a punto.

Fontenoy presidía la mesa, teniendo a su derecha a Elena de Torrebianca. El marqués y Robledo ocupaban sitios cercanos, admirándose, como todos, de aquel desenfrenado lujo.

La voz pública señalaba a Fontenoy como el protector de los marqueses de Torrebianca. Parecía cierto que todo el esplendor en que éstos vivían lo debían al banquero, por simple amistad, según algunos; a cambio de graves

concesiones, según los más audaces.

El marqués parecía ignorarlo todo. Lo cierto era que Fontenoy había consentido en facilitar sumas enormes a los Torrebianca, con una esperanza que tuvo cuidado de ocultar a todo el mundo, menos a Elena. Se sentía locamente prendado de la marquesa, y su generoso derroche tenía por causa aquel amor. Pensaba que Elena cedería finalmente a sus torpes anhelos y no le importaba perder millones para alcanzar una caricia de la rusa.

Pero Elena se negó a su adorador. Ponia siempre un mohín de indiferencia o de disgusto cuando le hablaba de ello.

—No, Fontenoy... usted no se

da cuenta... ¡Es imposible!...

Pero luego, ante las necesidades de dinero, Elena acudía a él, y, esperanzado, Fontenoy abría sus arcas al capricho de ella. Entonces la marquesa se mostraba insinuante, coqueta, maliciosa... Cuando el banquero quería exigir algo más, hallaba un hermetismo cerrado y hostil.

Era el suplicio de Tántalo, el juego de las coquetas que aman el fuego y la muerte y que, como muchas mariposas enamoradas de la luz, caen cegadas por el resplandor.

Y así pasaba el tiempo y los Torrebianca seguían viviendo del dinero de Fontenoy y éste no encontraba la recompensa de su egoísmo.

Aquella noche Fontenoy sonreía complacido de la fiesta que los ecos de sociedad iban a reseñar como un gran acontecimiento.

El marqués reía estúpidamente, queriendo divertir con un muñeco formado por frutas, a su vecina de mesa.

Elena parecía retener la atención de Robledo, hablándole con vivo interés de la Argentina, como

si la escena del baile de máscaras y la misma sortija que brillaba en el dedo de ella fueran cosas irreales.

Una orquesta, procedente de uno de los mejores hoteles de París, tocaba melodías dulzonas. Las hermosas damas de descotados trajes y alhajas de valor, sentían el deseo de bailar y acompañaban la música con un ligero movimiento de pies.

Llegó el momento del champaña. La presencia del dorado vino, viejo licor de las cavas del Norte de Francia, pareció despertar una nueva alegría. Fontenoy cogió la copa y sin que le vieran mezcló en el vino unos polvos de color gris. Luego volvió a dejarla sobre la mesa.

Un comensal se levantó y pronunció un breve brindis.

—Por la felicidad y grandeza de nuestro anfitrión, el gran señor Fontenoy—dijo.

Y las copas se alzaron frágiles y suaves.

Fontenoy se levantó para corresponder a la fineza. Su mano sostenía al aire la copa.

Paseó la mirada por todos los

invitados. Al llegar a Elena la contempló con atención y su rostro adquirió una gran lividez. Luego dijo:

—Amigos míos, os he reunido para anunciaros lo que todos los periódicos de la mañana publicarán... La ruina de Fontenoy.

Se hizo un silencio imponente. Las respiraciones parecían contenerse, paralizadas por la emoción.

—Cuando un hombre se arruina—prosiguió diciendo el banquero—, buscad a la mujer. ¡Brindo por la que me ha honrado con su compañía!

Y señaló a Elena, levantando la copa hacia ella. La marquesa le miró aterrada.

—¡A la salud de la mujer fatal, la que nada pide, pero cuya sonrisa lleva los hombres a la ruina!—gritó.

La copa le temblaba en las manos. Bebió unos sorbos; vació luego el resto y apretó el cristal hasta quebrarlo.

Nadie osaba moverse ni hablar. Torrebianca contemplaba embobado a Fontenoy y a la marquesa, sin entender bien, al

parecer, lo que oía. Miraba luego su copa, como si hubiera bebido demasiado. Manuel Robledo tenía los ojos clavados en Elena. Estaba horrorizado. ¿Qué osaba decir aquel hombre, provocando un escándalo sin precedentes en la historia de la sociedad?

Sólo Elena parecía comprender, viendo el aspecto fiero de Fontenoy. Los ojos de éste, oscuros y circundados por manchas moradas, la devoraban, pareciendo reprimir su coquetería. Luego su mano avanzó audaz hacia el cuello de la marquesa, y asiendo el collar de perlas que ella lucía, arrancóselo de un violento tirón.

—Fui discreto, amigos míos; dejé que el mundo ignorara la procedencia de estas joyas... —continuó Fontenoy—. Pero esta noche le ofrezco la última joya... Una reputación que nadie le envidiará...

Rió a carcajadas, mientras Elena, muerta de vergüenza, se cubría las manos con un movimiento de horror.

El marqués de Torrebianca no osaba intervenir en defensa de su esposa. La inesperada actitud de

Fontenoy le enloquecía. ¿Por qué insultaba a Elena de aquel modo?

Quiso levantarse para pedir una explicación, cuando Fontenoy lanzó una última carcajada, mientras sus manos apretaban el collar de Elena; y cayó de bruces sobre la mesa, fulminado por un rayo mortal.

Acudieron a socorrerle; era ya tarde. El veneno había hecho sus efectos y la muerte acullía a paralizar la existencia fatigada del banquero.

Ya no respiraba. Su último acto había sido la venganza, el descrédito público de la marquesa.

Elena, avergonzada, acobardada por las miradas de agresividad con que la contemplaban, como

si ella fuera la responsable de aquella muerte, huyó con su marido.

—¿Qué hice yo para que me tratase así ese hombre? —murmuraba.

También Robledo marchó, desesperado... Llevaba pocos días en París y había sufrido tal cúmulo de emociones, que sentía la necesidad de alejarse, volviendo de nuevo a la tierra argentina, donde los hombres estaban libres, allá en la presa, de las pasiones que provoca la mujer.

Sentíase abatido. ¿En qué mujer puso él los ojos! ¿No habría sido Fontenoy otra víctima de sus encantos?

Y antes que a él le sucediese lo mismo, prefería marchar.



EL IMPOSIBLE AMOR

Al día siguiente, al salir del edificio de la Bolsa, le ofrecieron a Robledo un diario. Un vendedor le entregó el periódico, cuando Robledo iba ya a partir en el automóvil.

Leyó febrilmente la información de la primera plana, a grandes titulares.

Suicidio del banquero Fontenoy.

Comentaba largamente la desaparición de Fontenoy y su ruina. En los últimos tiempos había intervenido en descabelladas y arriesgadas empresas que prometían una ganancia fabulosa, pero difícil, como si Fontenoy necesitase urgentemente dinero por todos los medios.

A Robledo ya no le sorprendía nada. El poco tiempo que llevaba

en Francia le había hecho desear su regreso rápido a la Argentina, donde al menos una colección de hombres vivía tranquilamente sin pensar en matarse ni en morir.

Iba a partir. Había tomado ya pasaje para Buenos Aires. Olvidaría a Elena, esa criatura cuya alma le parecía un misterioso arcano, sin adivinar lo que había en su fondo.

Descubría en la vida de aquella mujer la presencia de lo misterioso. La muerte de Fontenoy, que se había suicidado después de acusar a ella públicamente, acabó de causarle miedo. Algo fatal perseguía a Elena y probablemente cuantos se acercasen a ella sufrirían su maléfico veneno.

Ordenó al chofer le condujese

a casa del marqués. Quería des-
pedirse de Torrebianca, sospe-
chando la infelicidad de la vida
de su amigo junto a una mujer
caprichosa que llevaba los hom-
bres a la tentación.

Destaba no ver a Elena, le ha-
cía daño la presencia de la mar-
quesa que le hizo soñar en la
imposible ventura...

Mientras tanto, en casa de
Torrebianca se vivía una escena
grotesca. La tragedia de la última
noche en el domicilio de Fontenoy
no había alterado lo más mí-
nimo el rostro del marqués, y
Elena escuchaba, indignada, los
comentarios de Torrebianca al
leer los periódicos que trataban
de Fontenoy.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Lo
que he sufrido! —decía el mar-
qués, que era un perfecto far-
sante—. Cerré mis ojos a tus in-
trigas, porque quería verte ador-
nada con joyas que yo no podía
ofrecerte... Pero nunca creí que
llegarías a manchar mi nombre
y mi honor.

—No tengo por qué arrepentir-
me—contestó, al fin, Elena—.
Tú conocías bien los galanteos de

Fontenoy... ¿Por qué los toleras-
te?

El marqués guardó silencio. Su
gesto hipócrita de dolor ante su
papel de marido afrentado en ple-
no mundo desapareció para dejar
paso a una expresión de avaricia.

— ¡Y el miserable se ha mata-
do! — rugió—. ¿Quién pagará
ahora mis cuentas y mis deudas
de honor?

Ya no le interesaba el buen
nombre de su esposa, manchado
ante todo París; recriminaba a
Fontenoy por haberse envenenado
sin esperar a que él fuese rico.

Fontenoy era su proveedor, el
hombre que llenaba su caja. Y
ahora había puesto fin a su exis-
tencia... ¡El estúpido!

Elena sintió repugnancia por
su marido. Nunca había podido
querer a ese hombre, pero ahora
la pareció más denigrante al ver-
le llorar por la pérdida de la
protección...

Con una sonrisa amarga cogió
una arquilla, la abrió y le mostró
las joyas que brillaban en su fon-
do rojo de terciopelo.

—Estas joyas pagarán todas tus
deudas de honor con exceso.

Quédate con ellas y que seas feliz.

El acarició con codicia aquellas alhajas que significaban su deshonra, no viendo más que su valor material; y Elena, asqueada, decidió separarse de él.

—Pero... ¿tendrás el valor de abandonarme después de todo lo que he hecho por ti?—preguntó Federico.

Y señaló los collares, los broches de brillantes, las sortijas y brazafetes que sonreían con sus facetas luminosas.

—¿Que Dios te perdone todo lo que has hecho por mí!—dijo Elena, con ironía.

—¿Que Dios me lo perdone?—contestó el marqués, perdidos los últimos jirones de la dignidad—. ¿Querrás decir que me lo premie!

Y seguía acariciando el cofre con los ojos inmóviles y fríos del egoísmo.

Un automóvil se detuvo ante la casa. Descendió de él Robledo.

Cuando el criado advirtió la llegada de su amigo, el marqués de Torrebianca escondió las joyas que antes había desparramado sobre

el diván, bajo un almohadón y en sus bolsillos, y se dispuso a interpretar como un consumado maestro la farsa de su desesperación.

Robledo penetró en la estancia. Su mirada era grave y triste. Dejó el bastón y el sombrero sobre una mesa y avanzó hacia su amigo.

Elena, que se había alejado al conocer su llegada, volvió sobre sus pasos.

—¡Robledo! — murmuró el marqués, con desconsolado ademán.

—Siento lo sucedido por ti—le dijo Robledo, gravemente—. Y también por usted, señora...

—Ya ves... — dijo Torrebianca—. Es para morirse...

Elena miraba gravemente a Robledo. Y en sus ojos había un fondo de secreta pasión.

—¿Puedo ayudarles en algo?—siguió diciendo el ingeniero—. Me marcho mañana.

—¿Tan pronto?—dijo Elena.

—Mis negocios me reclaman... allá lejos.

Y su mirada se esparció como un reproche sobre aquella mujer

en cuyos labios él había bebido.

Elena, lentamente, se alejó de la habitación... Un indefinible mal-estar la envolvía... ¡Y el único hombre a quien ella amaba huyó lejos!

Una sonrisa triste crispó los labios de Robledo. ¡Pobre Torrebianca!

—¡Adiós!—murmuró—. Ya no nos veremos más. Pero si algún día me necesitaras, ya sabes donde me tienes a tu disposición... en la Argentina...

Salió, y Elena, que había permanecido oculta tras un cortinaje, le salió al paso. De su mirada había desaparecido la serenidad, en sus pupilas flotaba una angustia misteriosa.

—Pero... ¿es verdad que no piensa usted volver a París?

—No, señora...

—¿Y yo, entonces? ¿Se atreve usted a abandonarme en estas circunstancias? ¿Sola ante una sociedad que me será hostil!

Robledo guardó silencio. No se inmutó lo más mínimo. Mantenía la fría serenidad de las estatuas.

—¿No ves que a pesar de todo

te quiero? ¿No lo sabes?... ¿Te acuerdas de la otra noche?—murmuró con pasión.

—Ese amor de que usted habla, ha terminado, señora...

—No, no ha terminado... No ha hecho más que empezar... No puedo ni quiero renunciar a él.

—¡Es inútil!

Se mantenía inflexible, y aunque le gustaba aquella mujer, el hombre de honor, sacrificaba sus deseos.

Elena pretendió colgarse de su cuello, casi besarle. El se echó hacia atrás.

—En tu amor está cifrada toda mi felicidad. Prefiero humillarme y pedirte que no me abandones. No me dejes... huiémoslos juntos... Somos jóvenes y tenemos muchos años por delante. ¿Por qué no huir?

—No insista. Adiós, señora...

Cogió el bastón y el sombrero, se inclinándose gravemente, se alejó.

—¡Robledo!

Y el grito de ella era como un suspiro, como la súplica desesperada de la mujer que ve partir lo que constituía su ilusión.

El ingeniero se volvió:

—¿Dice usted?...

—Olvidó usted sus guantes.

Se los entregó y puso en sus ojos la última esperanza de su pasión.

Sintió Robledo el imán de aquella mirada, la misma dulce emoción que había sentido en el baile. Vaciló unos instantes; en sus ojos resplandeció la llama del cariño, pero volvió a apagarse súbitamente bajo el hábito del deber.

—¡Adiós, señora! —murmuró,

—¡Robledo... tú también me amas! Lo he adivinado en tus ojos...

—¿Yo?... Adiós, Elena...

Y alejóse rápidamente con un deseo de encontrarse en la calle, de huir de aquella ciudad donde todo le producía asfixia.

Elena, viéndose abandonada, besó el anillo que le regalara el ingeniero, y murmuró para sus adentros, esperanzada, a pesar de todo:

—El también me quiere... ¡Oh, sí!...



TIERRA LIBRE... TIERRA DE TODOS...

Una semana después una diligencia trotaba por las llanuras de la Pampa argentina.

En el pescante, junto al conductor, un gaucho moreno y alegre, Robledo experimentaba una sensación de libertad.

Los campos, las tierras que veía eran las de la Argentina... la tierra generosa, donde van los hombres de todos los países para arrancar de su suelo los productos que da una naturaleza magníficamente fecunda.

El ingeniero español evocaba su existencia en París. En el breve tiempo que estuvo allí, ¡cuántas emociones!

Recordaba aquella noche de Carnaval, el idilio dulce con Elena, la escena del jardín, las otras

máscaras que les rodearon y el pierrot que arrodillándose ante ellos había dicho:

— ¡Retiraos! Este ángel ha encontrado su demonio...

Luego la dulce noche de pasión amorosa, y al día siguiente la realidad brusca, la verdad de las cosas... Pensaba después en Fontenoy, en la protección que este hombre dispensaba a la marquesa, y en el inaudito escándalo de su suicidio.

Le parecía un sueño haber sido testigo de esas escenas provocadas por enfermizas pasiones.

Mas por fortuna volvía a estar en la Argentina, país de labor, y deseaba que llegase el momento de apearse ante su estancia, abrazar a los antiguos amigos que le

ayudaban en su obra de colonización y de riqueza, y emprender de nuevo el rumbo cansado, pero noble, del trabajo.

Los cantos del cochero le hicieron sonreír. ¡Simpático individuo! Había transcurrido su vida en estas soledades y las amaba con delirio.

*Asómame a la ventana,
Ay, ay, ay,
Paloma del alma mía...
Que ya la aurora temprana
Ay, ay, ay,
Nos viene a anunciar el día.*

El coche enfiló por un estrecho sendero hasta desembocar en un pueblo entre montañas.

La aparición de la diligencia tirada por veinte caballos produjo sensación en el villorrio.

Unas chicas que se encontraban con una mujer ante el brocal de un pozo, vieron pasar la diligencia, y al arisbar a Robledo no pudieron reprimir su alegría.

— ¡El patrón!... ¡Llegó el patrón!...

Y comenzaron a transmitir las noticias.

— ¡Llegó Robledo!

Y hombres, mujeres y niños

corrieron frente a la casa que habitaba el ingeniero.

Era el acontecimiento más importante de todos. La vuelta del patrón. Robledo era un padre para todas aquellas gentes que trabajaban en las obras del dique y había allí afincado sus hogares con la esperanza de que aquel suelo el día de mañana se convertiría en feraz tierra de regadío.

— ¡Llegó Robledo!

— ¡Llegó Robledo!

— ¡Llegó Robledo!

Corrió la noticia de boca en boca como una exhalación. El carruaje se detuvo ante una casa. Bajó Robledo, alegre y cordial, estrechando las manos que le brindaban.

¡Oh, el buen patroncito!

Un hombre de unos cuarenta años, alto y de enérgica expresión, corrió a saludarle. Robledo, cariñosamente, le dijo:

— ¡Canterac, mi buen amigo!

— ¿Cómo ha ido eso, Robledo?

— Con ganas de volver...

Canterac era un ingeniero francés, antiguo militar, que le ayudaba en las obras de la presa. Era su mejor colaborador.

El español siguió repartiendo saludos a granel.

—¿Cómo le va, Pirovani? Y usted, mi querido Timoteo, ¿qué me cuenta?

Saludó a estos dos hombres; el primero era italiano, contratista de las obras; Timoteo, nacido en la República Argentina y empleado en el Ministerio de Obras Públicas, había sido enviado como representante administrativo a las obras de la presa.

Aparecieron luego Carlos Rojas, el dueño de la estancia y su hija Celinda. Esta era una hermosa muchacha de unos diez y siete años, una criatura ágil y ligera que corría a caballo manejando el lazo sobre las cabezas de ganado.

—¡Usted siempre tan hermosa, Celinda!—le dijo Robledo.

Siguió prodigando a todos su gratitud por el recibimiento. Aca-rició a un chiquillo que una madre le presentaba en hombros. Después, volviendo a saludar a tan buenas gentes, penetró en la hacienda acompañado de sus altos colaboradores en la empresa.

Unos peones entraron su equi-

paje. Robledo abrió un maletín y sacó de él varios objetos. Sus amigos le miraban con curiosidad. De todos se había acordado él.

El ingeniero sonrió y les mostró los regalos que les había traído. Para todos llevaba algo delicado y suave que tenía la fragancia exquisita de Europa.

—Canterac—dijo al ingeniero—, vi a su esposa en Francia. Me dió esto para usted.

Y puso en sus manos un paquete.

—Una carta de su hija para usted, Pirovani...—siguió diciendo.

El italiano, sonriendo alegremente, se apoderó de aquella misiva escrita por la mano delicada de su pequeña.

Después cada uno fué a gozar con la contemplación de los regalos, o a leer las cartas recibidas de las familias de Europa.

Canterac, que se susurraba había tenido que marchar de Francia por un asunto de índole privada, deshizo un paquete y encontró en el interior de un estuche una medalla militar.

Se enterneció al contemplar esta reliquia. La llevó a los labios. Leyó la carta:

Mi querido esposo:

Con el dinero que me enviaste he pagado casi todas tus deudas. Te mando tu medalla para que te infunda valor...

Y seguía una larga narración de añoranza familiar.

Pirovani leía, entretanto, cubriéndola de besos, la carta manchada por el largo transporte:

Padre querido:

Cuento los días que faltan para ir a reunirme contigo. No temo los peligros ni las incomodidades de que me hablas, con tal de poder estar a tu lado...

¡Ah, el italiano derramaba venturosas lágrimas! Pensaba en la felicidad de estar junto a su hija, gozando los dos de una situación próspera y abundante. Pero iba retrasando esa fecha, temeroso de que su delicada niña no pudiera resistir la existencia dura de la Pampa.



—Mi corazón me anuncia que voy a perderte... Por lo que más quisiera, dime tu nombre.



—apareció en el salón, radiante y bella...



...pero cuya sonrisa lleva a los hombres a la ruina.



— Retraos. Este ángel ha encontrado su demonio.



— Anémate a la ventosa. — Ay, ay, ay. — Paloma del alma mía.



—¡Canterac, su buen amigo!



...abrió su maletín y sacó de él
varios objetos.



...y les mostró los regalos que les había traído.



La diligencia, abarrotada de equipaje, se detuvo en el patio de la hacienda.



—¿No me da usted la bienvenida?



Quel bella era quella mujer!

* * *

Las obras del dique prosiguieron con incesante actividad. Enormes carretas tiradas por bueyes arrastraban moles de piedra para la construcción del dique que había de llevar la riqueza al país.

Robledo, ayudado por Cantorac, Pirovani y todos los demás trabajadores, deseaba acabar cuanto antes la terminación de la presa.

Y al ruidoso compás de los martillos y los silbidos de las calderas, iba adelantando la obra formidable que había de convertir aquellas llanuras yermas en hermosos vergeles.

Cierta día Robledo recibió en la hacienda la visita de un terrible personaje. Se presentó de improviso, apareciendo ante el in-

geniero con su aire bravucón.

—Me han dicho que usted quería verme, señor ingeniero. Su interés me honra.

Y sonreía agitando el rebenque que colgaba de su brazo.

Era el célebre «Manos Duras» que vivía al borde de la altiplanicie, cerca del límite de la Patagonia. Era un merodeador, un ladrón de ganado y se contaban de él terribles hazañas que le habían hecho famoso.

Robaba constantemente reses y, a veces, al frente de los hombres de su cuadrilla, había comido verdaderas levas de ganado, llevándolas hacia su rancho.

Todos le temían, asustádoles su sonrisa fría de hombre que retaba a la muerte, su gesto tranquilo

del que está seguro de su inviolabilidad.

Rohledo le contempló duramente y le dijo:

—Tienes un modo poco agradable de recordarnos tu existencia, Manos Duras.

—¿Usted no me llama! ¿Qué quiere?

—Nuestras vidas están empeñadas en la presa y no ha nacido todavía el hombre que me haga retroceder—agregó Rohledo, mirándole fijamente con ojos implacables.

—¡Bravo, patrón! — exclamó, riendo, Manos Duras—. Me gustan los hombres con arranques. Pero, ¿qué tengo yo que ver con todo esto?

—Oyeme bien. Varios caballos han desaparecido y algunos de nuestros hombres han desertado para reunirse contigo.

—Pero, patrón, creo que todos son mayores de edad...

—Los hombres, sí, pero los caballos, no.

Una terrible sonrisa asomó a los labios de Manos Duras, dejando ver su dentadura voraz.

—No pienso dedicarme a cui-

dar caballos, si es eso lo que usted pretende que haga, patrón.

—Lo que pretendo es que te largues de aquí cuanto antes, si no quieres que haya balazos.

—¿Balazos a mí?

—¡Sí, a tí!

—Me habla usted así porque está usted en su casa.

—Te hablo porque puedo y porque no estoy dispuesto a que me perjudiques. Si logro cogerte robando, te entregaré a la justicia.

—No me amenace, señor. Usted sabe que nadie ha podido probarme nada... y que no ha nacido el hombre que me envíe a la cárcel...

—Ve con cuidado, Manos Duras.

—¡Oh, no me da miedo, patrón! Pero volveremos a vernos y hablaremos más despacio...

—Cuando volvamos a vernos ya te puedes preparar—le gritó Rohledo, amenazador.

—¡Adiós... patroncito!

Y con una sonrisa burlona, del que no teme la ley, abandonó la estancia, agitando al aire su rehenque.

Rohledo volvió a consultar pla-

nos, sin acordarse ya más de las amenazas de Manos Duras. Pero había ya hablado antes con los peones para castigar al ladrón si éste seguía en su torpe deseo de

paralizar o estorbar las obras, o siguiera robando ganado...

Y volvió a dedicarse a la fiebre del trabajo, con el ardor del hombre que desea olvidar...



EL PASADO APARECE

Con las preocupaciones del trabajo, el recuerdo de París y de Elena iba desvaneciéndose.

Encontraba en su labor un bálsamo a todas las melancolías de aquella vida parisiense, llena de pequeñas tragedias que ponían gestos infernales en los ojos. Aquí la existencia se deslizaba tranquila en pos de un ideal.

Cierta mañana llegó el carruaje de viajeros. La diligencia, abarrotada de equipaje, se detuvo en el patio de la hacienda. Descendió de ella un caballero, quien preguntó a unos peones:

—¿Dónde vive el señor Robledo?

—Aquí enfrente...

El viajero entró en la casa indicada. Robledo se hallaba tra-

bajando ante su mesa y al verle se levantó y corrió a su encuentro.

—¡Tú, Federico, amigo mío!

—¡Mi querido Robledo!

Se abrazaron conmovidos de verse en tierra tan lejana.

—¡Celebro que hayas venido!

—¿Vienes para trabajar? Aquí puedes hacerte rico...

Pero sus ojos adquirieron repentina seriedad al mirar desde la ventana lo que ocurría en el patio.

Una hermosa mujer había bajado del coche. Llevaba un traje gris y un sombrero con largo velo, que caía sobre su espalda. ¡Era Elena!

Desagradablemente sorprendido por aquella aparición que parecía traer todo el aire malsano

de París a aquella tierra de paz, preguntó asombrado a su amigo:

—Este no es lugar para tu mujer. ¿Por qué la trajiste?

—Quiso venir a la fuerza.

Algunos peones contemplaron con curiosidad a la elegante señora. ¿Quién sería aquella hermosa que parecía arrancada de uno de los figurines que a veces enviaban de Buenos Aires?

Manos Duras, que estaba en el patio, contempló también a la desconocida... ¡Cosa buena, ché...! Y sus dientes de lobo sonrieron más y más, como si pretendiesen devorarla.

Elena entró en la casa. Sonriente, con una sonrisa tranquila que no parecía evocar ningún recuerdo, le dijo a Robledo, repentinamente taciturno y melancólico:

—¿No me da asust la bienvenida?

El ingeniero la saludó con una inclinación de cabeza. ¿Por qué venía? ¿Es que quería también trastornar su existencia?

—Dicen que aquí la vida empieza de nuevo...—comentó Ele-

na, con un alegre deseo de alejar de sí todas las cosas de Europa.

Sin responderle, con una frialdad que Elena pasó por alto y que el marqués no comprendió, Robledo llamó a una criada. Apareció una mujer vieja, desgredada, con un chiquillo en los brazos.

—La criada le indicará su habitación. Pero no olvide usted que esto no es París—le dijo severamente el ingeniero a Elena.

El marqués contempló con repugnancia a la rústica sirvienta. ¡Diablo! ¡Acostumbrado él a las criadas de París que parecen señoritas!...

También ella se sorprendió al considerar el aspecto pobre de aquella casa. Vaciló unos instantes, sus labios estuvieron a punto de soltar alguna queja, pero contenta de haber llegado, deseosa del afán de la novedad, nada dijo.

Robledo y el marqués se miraron en silencio, como si Elena hubiese puesto entre ellos una valla de frialdad. Temía el ingeniero la presencia de la marquesa. ¿Por qué no vino Torreblanca solo, para trabajar con él en la labor de la presa?

Varios hombres entraron: el equipaje, tan numeroso como pesado. Aquellos rústicos trabajadores se asombraron al considerar las cosas que debía llevar en él la elegante viajera. ¡Cristo! ¿Qué pensaba que era la presa? ¿Un salón de Buenos Aires o de París? Recordaban mentalmente a sus compañeras de trabajo que desconocían el más pequeño lujo. ¡Y en cambio la gran señora!...

Elena sentía la necesidad de descansar unos momentos. Subió la escalera, siguiendo a la criada con el niño. Al partir sonrió a todas aquellas gentes que tenían para su alma la seducción de lo desconocido.

Cuando ella desapareció, el ingeniero paseó la vista por el nutrido equipaje que los gauchos trasladaban hacia arriba.

—Elena quiso salvar de la catástrofe algunas chucherías—dijo el marqués, comprendiendo la extrañeza de su amigo.

—¿Qué ha creído tu mujer que es esta? Aquí nadie hace caso del lujo ni de las sedas. Se viene únicamente para trabajar.

—Lo sé. ¡Pero Elena es tan

elegante siempre! Estoy seguro de que si tuviera que vivir sola en una isla, continuaría adornándose con ricos vestidos y costosas alhajas.

—Tú no deberías permitirle su anhelo de lujo.

—¿Yo? Las mujeres mandan siempre en sus coqueterías...

Mientras tanto, la marquesa había llegado a la modesta habitación que debería ocupar. Era una pequeña estancia, de muebles de pino, de blancas paredes sin pulir.

Fué contemplando cómo entraban los maletas y valijas y los dejaban por los rincones. Allí dentro estaban sus uniformes, sus pergaminos de mujer hermosa y elegante.

—Ya puede usted marcharse. No la necesito—dijo a la criada.

La camarera, con ojos asustados, se alejó de allí. ¿Pero quién era aquella señora? ¿De dónde había salido tan bella mujer que en nada se parecía a las hembras flacas y huesudas de los contornos?

Elena fué a mirarse al espejo. Es la primera oración de toda

mujer hermosa al terminar un largo ajetreo: contemplarse en la placa de azogue que ha de reflejar el estado de su rostro.

Se asustó. Horrorizada pasó la mano por su piel. El espejo había copiado unas facciones borrosas, manchadas, envejecidas, que parecían haber arrancado la belleza de un solo tirón.

¡Oh, Dios mío! ¡Era posible? Animada por una repentina esperanza, limpió el polvo adherido al espejo y mostróse la luna clara, reflejando su lámina plateada. Copió ahora perfectamente sus facciones, que seguían teniendo el fresco tinte de una juventud siempre primaveral.

Sonrió al verse tan linda. Contempló orgullosa el espejo que reflejaba las líneas perfectas de su rostro... Sentía una satisfacción de reina que ve la grandezas de su dominación... También ella imperaría por doquiera que pasase, y sin otras armas que las de su linda sonrisa lograría la atención y la simpatía de las gentes.

Era preciso arreglarse para la hora de comer. Sonreía pensando

en el ingeniero, en la actitud reservada de este español que no parecía muy conforme con su llegada. Ella iría desarrugando aquel ceño duro y esquivo hasta lograr que le sonriera sin reserva.

¡Con lo que ella amaba a Robledo! La aventura de aquella noche en París no había podido borrarla de su memoria. De no ser por la negativa de él, ya habrían huido los dos, yendo a esconder su cariño en alguna otra parte alejada de la tierra. Pero Robledo no quería traicionar a Torreblanca y ella tampoco deseaba extremar las muestras de su pasión.

Y corrió a perfumarse y a acicalar su persona con el frescor de una ilusión nueva.

- - - - -

Cafía la tarde cuando sonó la campana de la hacienda anunciando la hora de comer.

La noticia de que había llegado una señora muy guapa ponía impacientes a los altos funcionarios de la empresa. ¿Quién sería ella?

La mesa estaba servida. Robledo, que se hallaba con el marqués, Camerac, Pirovani y Timoteo, se

impacientaba por la tardanza de Elena. ¿Por qué se hacía esperar de aquel modo? Allí las gentes tenían los minutos contados y el tiempo estaba distribuido con rigurosa organización.

Advirtió a la criada para que avisase de nuevo a Elena, y a poco volvió aquella a aparecer.

—La señora baja en seguida... Se está vistiendo.

Unos minutos después escuchóse un frote acariciador de seda. Todos los ojos miraron el rellano superior de la escalera y vieron aparecer una figura regia, arrancada sin duda de alguna recepción aristocrática.

Elena bajaba, serena y majestuosa, y las luces de su vestido de «tissu» de plata parecían envolverla en deslumbrante joyel. Sonreía con el gesto dulce del que se aviene a mostrarse a gente inferior y avanzaba hacia aquellos hombres que se habían detenido con la emoción que causa la belleza.

Canterac, el ingeniero francés, la miró con rápido entusiasmo. ¡Qué bella era aquella mujer! También el italiano y Timoteo

quedaron extrálicos ante la presencia de ella...

Su marido sonrió ingenuamente. ¡Siempre bonita! Estaba orgulloso de que supieran que él era dueño legítimo de tal beldad.

Robledo se adelantó unos pasos. Había sentido también el espionaje de la aparición, pero se repuso pronto con fría inmutabilidad.

—Señora—le dijo—, la vida de este país no permite refinamientos... Comemos tal como llegamos del trabajo.

Y señaló su traje y el de sus amigos que iban en mangas de camisa o con negra americana de pana, con vestidos propios para tolerar la suciedad de las obras del campo.

—Yo, en cambio—respondió la marquesa—, no abandonaré nunca la agradable costumbre de lucir mis *toilettes* a la hora de comer. Pero es lo mismo. Me hago cargo del trabajo de ustedes.

Robledo fué presentando a sus amigos. Para todos la marquesa tuvo una mirada amable. Canterac se interesó rápidamente por aquellos ojos hermosos, de inge-

una languidez. El italiano Pirovani sintió el entusiasmo de una caricia dulce de la marquesa.

Se sentaron todos a la mesa. Una de las cabeceras la presidía Elena; la otra, Manuel Robledo. A ambos lados de la marquesa ocupaban sitios Pirovani y Canterac. Torrebianca y Timoteo ocuparon los restantes puestos.

Una criada comenzó a servir los platos, comidas ásperas, extraña mezcla de cocina indígena y española.

Todos se desvivían para atender a Elena.

—Sírvase usted, señora—decía Pirovani, ofreciéndole un plato.

—Gracias, Pirovani...

Y sonrió al italiano como si tuviera con él una repentina confianza. Canterac miró duramente a Pirovani, acometido de extraños celos; y quiso contrarrestar a su vez las atenciones del contratista, sirviéndole otros platos a la marquesa.

—¡Qué bien me encuentro aquí! ¡Qué ganas tenía de respirar esta tierra libre donde no existen complicaciones!—dijo Elena.

Y paseó su mirada triunfadora sobre los comensales que admiraban sus más pequeños gestos. Unicamente Robledo conservaba una frialdad extremada. Sentíase malhumorado por la presencia de Elena.

—Ustedes—siguió diciendo la dama—hacen honor a la hospitalidad de este país... Rivalizan en tratarme bien... lo comprendo... ¡Y es que todos ustedes son hombres de salón, de mundo!

Rieron complacidos de que se les tuviera en alto concepto. Pirovani fué quien se entusiasmó más, porque él provenía de gente humilde y no había tenido nunca ocasión de frecuentar aquellos salones de que hablaba la marquesa. ¡Y sin embargo ella parecía tratarle como a una persona de su mundo!

Aquellos hombres apenas osaban contestar con monosílabos a la conversación de Elena. Ella, que tenía en su pasado una existencia novelesca, hablaba con el dejo melancólico del que piensa en un problemático porvenir.

—Hemos tenido que marchar de París... Aquello ya nos ha-

tía... Algunos me aconsejaban que no viniera a la Argentina, asegurándome que me aburriría todavía más... Pero no lo pienso ahora así. El ambiente de ustedes me distrae, endulza mi espíritu...

Robledo callaba, sonriendo interiormente. ¡Ah, Elena, siempre igual! Era la criatura destinada a sembrar la ilusión dondequiera que pasase... Sembrarla y arrancarla cuando el fruto comenzaba a sentir la madurez.

El ingeniero sirvió vino. Pirovani y Canterac apenas atendieron a su amigo, Timoteo, el joven empleado, aparecía también distraído contemplando a la marquesa. ¡También éste! Y Robledo sonrió melancólico ante el hecho de que sus compañeros de trabajo sintieran la fascinación de la dama.

El italiano alzó su copa y dijo con el entusiasmo fácil de su raza:

— ¡Brindo por París!... La hermosa ciudad que nos ha dado una mujer como la señora marquesa.

También Canterac alzó su copa. Miró altivamente a Pirovani. ¡No quería ser menos que él!

— ¡Por la Argentina! ¡Tierra de fieles enamorados!

Todos bebieron. Torrebianca estaba complacido de la buena acogida que dispensaban a Elena. Timoteo bebió también con el ligero apocamiento de la juventud todavía sin aventuras...

Mientras bebían, Elena miró a Robledo, que silenciosamente llevaba la copa a los labios.

En aquella mirada parecía haber una imploración, una pregunta que hasta entonces no habían podido dirigirse. ¿La quería él? ¿Había podido olvidar? Ella no; ella proseguía adorándole, y para verle de cerca había atravesado los mares, yendo a su encuentro.

Robledo nada dijo, bajó los ojos queriendo librarse de la influencia que ella ejercía.

Al verla hablar con los demás hombres, al comprender la atención que todos tenían puesta en sus palabras, se sintió invadido de melancolía. ¡Milagro sería que de la presencia de ella todos salieran bien!

Canterac quería que Elena explicase cosas de París... El era francés, de la misma capital... Pe-

ro llevaba tantos años ausente... y las cosas cambiaban tanto...

Y la marquesa, con el entusiasmo de hallar un hombre que había frecuentado la sociedad parisienne, correspondía, muy amable, contando cosas y hechos de la ciudad de Lutecia.

Pirovani interrumpía la conversación para hablar a su vez de Italia. Y como ésta era la patria del marido de Elena, ella también hablaba con interés de ciudades y costumbres, y Pirovani sentía la evocación y la añoranza de su dulce país de sol.

Luego sirvieron el te mate, la tradicional bebida de la tierra. Al pronto no pareció agradarle a ella ese líquido.

—¿Mate? ¿Qué es eso? —preguntó—. En fin, lo probaremos... No se muere más que una vez...

Y bebió, agradándole aquella infusión aromática.

La comida se prolongó aquel día más de lo regular. El humo de los cigarrillos envolvió luego el ambiente. Parecía que nadie tenía prisa para regresar al trabajo. ¡Se estaba tan bien allí con aquella mujer!



UN HOMBRE

Robledo pasaba un mal rato.

Le acometían vivos deseos de gritarles a sus amigos, embalecados con Elena, que no fueran necios perdiendo el tiempo con ella, que allí, en aquel nuevo mundo, no estaban sino para trabajar y, algunos, como Canterac, por ejemplo, para redimirse de pasados yerros.

Pero aquellos esforzados colaboradores de su magna empresa parecían olvidarlo todo por una sonrisa de la fascinadora mujer, cuyos brazos, desnudos en toda su «espiritualidad», les atraían como una fuerza magnética.

El temperamento romántico de Pirovani tenía motivo de exaltarse, y por Elena, de habérselo ella pedido, hubiera sido capaz de cualquier tontería.

Por su parte, Canterac, extremadamente galante como buen francés, ocultaba mejor su entusiasmo, pero en el fondo era tan intenso como el de su compañero de fatigas.

Elena sonreía, halagada por la admiración que leía en los ojos de aquellos hombres, y cuando dirigía sus miradas hacia Robledo, éste, que no podía evitarlas siempre que quería, veía en ellas una llama roja que le quemaba en lo más hondo de su ser.

Era la llama de la pasión que aquella mujer había encendido en él y que se asomaba a toda ella tentándole maquiavélicamente.

Pero era preciso ser fuerte, ser hombre. Era propio de chiquillos dejarse dominar por una pasión funesta, y aquel amor era más re-

pulsivo que el peor vicio, pues era amor de pecado, algo que clamaba al cielo. Era el caos... la poliredumbre de la carne...

Sin embargo, Robledo tenía que luchar, y sin poderlo remediar experimentaba un vivo dolor en su alma...

¿Sería tan sólo por el desengaño sufrido con ella, a la que creyera libre?

¿No sería, acaso, porque aun seguía queriéndola?

Elena estaba segura de que Robledo la amaba. Por eso estaba allí, en la hacienda, en su misma casa... y pronto le vería caer en sus brazos...

De pronto oyóse el rumor de unos rasguños de guitarra. El murmullo se fué desarrollando hasta que se oyeron distintamente varias guitarras pulsadas por manos diestras.

¿Qué era aquello? ¿A quién iban a dar algunos moxos una serenata?

Robledo no pudo menos de mirar a Elena, cuya belleza era capaz de perturbar la calma de aquellas soledades.

Un canto se alzó de súbito a

través de los rasguños del emotivo instrumento.

La voz era melosa y decía, recargando la nota sentimental:

*El amor mío se muere,
Ay, ay, ay,
Y se me muere de frío.*

¡Siempre el romance en boca de los hombres! ¡Siempre la ilusión de amar!

Elena sonrió y envolvió en una tierna mirada a Robledo. Su amor se moría... y se moría de frío... pero su presencia le daba ánimo... le decía que no se moriría...

Robledo crispó los puños. ¿Iba a jugar con él aquella mujer? ¡Ah, si no temiera levantar sospechas en su amigo el marqués, hubiese indicado a éste la necesidad de que se marcharan a otra parte, lo más lejos posible de él, donde se esfumara, sin que la brisa lo llevara hasta allí, el perfume de la tentadora diablesa! Pero, ¿qué diría el marqués? E imaginándose que su amigo había sufrido ya bastante, Robledo no pudo negarse a tener la nobleza de evitarle una nueva amargura.

La canción del gaúcho lisonjero siguió vibrando en el aire.

*Porque en tu pecho de piedra,
Ay, ay, ay.*

*Te niego a darle abrigo,
Te me quieres?*

Robledo no pudo aguantarse más. Los moros se habían detenido al pie de su casa, y su temor se veía convertido en realidad: el «galán» era Manos Duras, y la dama objeto de la serenata era Elena de Torreblanca.

Enérgicamente, levantóse de la mesa y se dirigió a la terraza que formaba antepecho de la casa.

Su presencia allí hizo enmudecer las guitarras, y Manos Duras le miró sonriente, satisfecho de provocar su ira.

— ¡Buenas noches, patroncito! — saludó.

Furioso, Robledo contestóle:

— ¡Manos Duras: te dije que no aparecieras por estos lugares! ¡Largo de aquí!

El bandido echóse a reír, poniendo su dentadura una nota luminosa en las sombras del atardecer, y, doliéndose, repuso:

— ¡Qué cruel es usted, patrón! ¿Cómo quiere usted que me vaya

sin una sonrisa de la hermosa señora?

¡Miserable! ¡Pues no era poco jactancioso el ladrón de caballos! ¡Pero qué iluso también! ¡Suponer que Elena se dignaría prestarle atención! Bien se conocía que no sabía quién era ella, que ignoraba que sólo se dedicaba a cazar ricos para satisfacer todos sus caprichos... Sin embargo, Robledo estaba frenético teniendo ante él a aquel hombre, precisamente porque estaba allí por ella, aunque él quisiera convencerse de que lo que lo sulfuraba era el haberle desobedecido, y forzando una sonrisa de piedad, respondió al bandido:

— ¡La señora no tiene ningún interés en verte ni en oírte!

Manos Duras, atusándose el fino bigote que ensombrecía su labio superior, dijo:

— Está usted equivocado, señor. En estos momentos está mirando por aquella ventana.

En efecto, Elena, apostada detrás de una ventana del comedor, contemplaba a Manos Duras, agradeciéndole con la mirada su serenata.

—La suerte me favorece. Hágame callar, si puede, patrón—siguió diciendo Manos Duras.

Robledo volvióse rápidamente y al ver allí a la esposa de su amigo perdió la serenidad, y sacándose del cinto un cuchillo de campo lo arrojó contra Manos Duras, yendo a clavarse en la guitarra de éste, que por un momento creyóse alcanzado en su persona.

Un juramento escapó de labios de Manos Duras, al tiempo que se apeaba del enjaezado caballo.

Robledo se preparó a recibirlo a puñetazos, pues vió la intención del bandido de presentarle batalla insistiendo en quedarse allí, y, en efecto, Manos Duras avanzó resueltamente hacia él, y al subir la corta escalerilla que daba acceso a la terraza, se detuvo asombrado ante la repentina aparición de Elena, bella, fina, ondulante, de fragancia llena...

Manos Duras destocóse a lo mosquetero y dijo, en profunda reverencia:

—Señora...

Su enojo desapareció al contemplar de cerca a la irresistible criatura femenina. Bien guarda-

das sus espaldas por sus gauchos, el bandido se sentía matón y avanzó hacia Elena, mirándola con picardía y atusándose el bigote...

Robledo siguió desde su sitio, conteniendo a duras penas su indignación, aquella escena, pendiente de la actitud que tomase Elena.

Canterac, Pirovani, Timoteo y el marqués salieron del comedor, quedándose junto a la puerta, esperando que Elena se reuniese con ellos.

Y con la natural sorpresa todos oyeron cómo ella trataba al bandido.

—¿Ea usted Manos Duras... a quien todos temen?—preguntóle, clavando sus ojos en el fondo de los suyos—. Yo no le temo a usted, Manos Duras.

El bandido dirigió una mirada burlona a Robledo, y con infinita audacia se acercó a ella hasta rozarla; y contestóle, agradeciéndole la simpatía con que le hablaba:

—¡Me han calumniado mucho, señora!... Pero si usted me lo pide, haré todo lo que quiera.

Elena sabía que Robledo sufría, y para darle celos era por lo que había enablado conversación con el bandido.

Pero como Manos Duras creía que aquello se debía tan sólo a su gracia personal, se salió de los límites de la prudencia, y en verdad fascinado por la exquisita forastera, la rodeó el talle con sus brazos y, dominándola, la besó en los labios, sin que nadie pudiera llegar a tiempo de evitarlo.

Robledo, más audaz que ninguno de los restantes espectadores de su bando, colocóse de un salto junto al bandido y lo separó de Elena de un fuerte empujón.

El marqués reunióse con su esposa, y, en segundo plano, presenciaron la actitud que Manos Duras tomó contra Robledo, que estaba dispuesto a todo.

El agravio inferido a su jefe deseaban vengarlo sus hombres, que iban convenientemente armados; y, por su parte, Pirovani, Timoteo y Canterac se prepararon para intervenir en favor de Robledo.

Pero la lucha general no llegó a producirse.

Bravucón, Manos Duras, centelleándole los ojos de rabia, desafió a Robledo.

—Me gustaría matarle, patrón, y si usted quiere...

Robledo, sin pestañear, replicó:

—Tus defensores son muchos y bien armados. Tienes suerte...

Manos Duras se encogió de hombros.

—Estos muchachos son incapaces de matar una mosca. Pero yo no soy así, y puedo probarse cuando usted quiera.

Robledo recogió la bravuconada sin vacilación. ¡Con qué placer iba a batirse con aquel miserable!

—¡Ahora mismo!—exclamó—. Escoge las armas.

Sus amigos le miraron asombrados. ¿Qué iba a hacer?

Elena, emocionada por la admirable defensa que hacía de ella el ingeniero español, no dudaba de su triunfo en la pelea; lo deseaba.

Manos Duras manifestó:

—Nos batiremos a latigazos, patrón... si a usted le parece...

—De acuerdo. ¡A latigazos!

Un murmullo de satisfacción surgió de la masa de gauchos de



Varios hombres entran en el salita, tan numeroso como pesado.



—Sirvase usted, señores...



—El amor mío se muere. — Ay, ay, ay. — Y se me muere de frío.



—(Manny Burns, te dije que no aparecieras por estos lugares!)



—Tus defensores son muchos y bien armados.



...con infinita audacia se acercó a ella...



...el tango de Manos Duras rodeó su cuello...



Los peones, asustados por la lucha...



—¡No veo nada! ¡Me ha dejado ciego!



—su dulce mano enligó las heridas—



Canierac la devoraba con la mirada...



—Quisiera poderle probar el profundo interés y admiración que usted me inspira...



...y los dos hombres, enloquecidos por la misma mujer.



—¡Dios mío! ¡Quién pudiera borrar su pasado para empezar de nuevo la vida!

la banda de Manos Duras. Todos apostaban por su jefe.

Por contraste, en el bando de Robledo se hicieron los más negros augurios.

Canterac, preso de temor, porque conocía al bandido, dijo a su amigo:

— ¡No lo haga usted, Robledo! Usted no sabe manejar el látigo como él.

— ¡No importa!

Pirovani dijo más aún, deseoso de disuadir al ingeniero:

— ¡Le va a sacar los ojos! Es muy hábil.

— ¡Ya lo veremos!

Nada haría retroceder a Robledo. Ardía en el ansia de castigar a aquel bellaco que había osado manchar con su contacto los labios de Elena. Quería darle una lección para siempre.

Uno y otro adversario se prepararon activamente para la lucha. Numerosos peones fueron llegando para presenciar la lucha, y uno de ellos ombreó dos látigos, otros dibujaron en tierra un círculo cuyo diámetro no excedía de unos cinco metros, y los dos combatientes se despojaron de

los vestidos que cubrían su pecho hasta la cintura.

Se acordó que el primero que saliese del círculo perdería, y la lucha, ante la más intensa emoción de todos, empezó briosamente entre los dos hombres, enemigos y rivales.

La lucha era atenuizada por el son de las guitarras que emitían vibraciones guerreras, como un toque de corneta para llevar al asalto a la tropa.

Manos Duras pegó el primero, y en el rostro de Robledo quedó una sangrienta huella del golpe.

Elena estremeciéndose de pavor, dolorida por aquel castigo como si lo hubiese recibido ella misma.

Manos Duras, excelente manejador del látigo, volvió a castigar a Robledo, y, cegado por el dolor, éste, supliendo con fiereza su falta de habilidad en aquella sangrienta lucha, pegó a su vez, y las guitarras les transmitían nuevas fuerzas con sus rumores de más en más estimulantes.

Era tal el ardor de Manos Duras y Robledo, que se hacía difícil, por no decir imposible, apostar por el supuesto vencedor.

El cuerpo de los dos hombres estaba surcado horriblemente, y de los surcos brotaba sangre sin cesar.

Manos Duras comprendió que tenía ante sí un peligroso adversario, y, decidido a vencer, recurriría a cualquier medio, todos dignos de sus bajos instintos.

Prosiguió la lucha. La desventaja que iba observando en contra suya empujó al bandido a poner rápidamente en práctica su intento de victoria a toda costa, y, armándose de un cuchillo, dirigió los golpes de su látigo hacia el cuello de Robledo, para cazarlo y arrastrarlo a sí, a fin de poder suprimirlo de una cuchillada sin gran esfuerzo.

Robledo no adivinó la intención de los nuevos golpes del bandido, y de repente el látigo de Manos Duras rodeó su cuello.

Los momentos se hacían cada vez más peligrosos, pero Robledo fué oportuno, desprendióse del lazo y obligó al bandido a desarmarse.

Se cruzaron nuevos y terribles golpes, hasta que Robledo, aprovechando unos segundos de pronunciada ventaja sobre Manos Du-

ras, le castigó más que en todo el tiempo que llevaban de lucha, y nadie dudaba ya que la victoria se inclinaba por él.

Pero Manos Duras pudo aún lanzarle el látigo al rostro, y lo hizo con tan calculada precisión, que oyóse simultáneamente el chasquido y un grito de cólera.

El bandido cayó, después de dar aquel golpe, al suelo, y se agitaba convulsamente, en tanto que Robledo se cubría con la mano libre sus ojos.

Los peones, enardecidos por la lucha, jaleaban a Robledo, en tanto que los secuaces de Manos Duras contemplaban estupefactos a su jefe, que no podía levantarse, sino arrastrarse hacia fuera del círculo, reconociéndose derrotado.

Y Robledo fué declarado vencedor.

Los peones le aclamaron de todo corazón, y sus amigos, Elena, en particular, acudieron, cuando salió, tambaleándose, del círculo a sostenerlo con su apoyo, para entrarlo en la casa y lavarle las heridas.

Robledo, tratando de mirarlos, exclamó:

—¡No veo nada!... ¡Me ha dejado ciego!...

En efecto, Robledo no distinguía ni la más ligera sombra de sus amigos.

El golpe que a última hora le dió Manos Duras en los ojos parecía habérselos arrancado.

Horrorizados, sus amigos diri-

gieron furibundas miradas al salvaje bandido, con ciegos deseos de vengar al amado patrón, pero contuvieron sus nobles arranques, porque Manos Duras tenía demasiados partidarios tanto o más crueles que él.

—¡Ah, maldito!—rugió Cantarac.



POR UNA MUJER

Elena empujó suavemente hacia el interior de la casa a Robledo, y en tanto los demás iban a expulsar a los bandidos, ella refrescó las llagas, abiertas en su piel, limpiándolas de sangre.

Robledo, sin verla, la había reconocido, y crispó con odio las manos.

Deseaba poder protestar de que ella le curase, pero no le era posible hacerlo. Aquella mujer tan perversa era tan suave, y más que alivio en sus llagas experimentaba Robledo un consuelo en su alma, por mucho que se empeñara en convencerse de que Elena no le importaba nada.

Ella, agradecida, ponía ternuras de novia en su cometido. Su dulce mano enjugó las heridas... y para calmarle el vivo dolor que él sen-

tía en los ojos, que cruzara el látigo del bandido, hízole una venda con una gasa de su vestido y se los cubrió con la misma.

Durante la curación, Elena besábale con los ojos la roja sangre, y se afirmó en su corazón la seguridad de que Robledo la quería, de que su odio no era más que la consecuencia de su fuerte amor...

Al limpiarle un brazo aprisionó su mano entre las suyas y la acarició, pero Robledo, brusco, furioso, recriminador, rechazó sus caricias.

¡Aquella mujer era el mismo diablo!

—Trata usted de odiarme, Robledo, pero es en vano. Usted se ha batido por mí.

—¿Por usted? No lo crea, se-

Bora. Luché por imponerme y conservar mi prestigio.

—Y por mí.

—No me interesa su opinión, señora.

—Le intereso más yo misma, ¿verdad?

El marqués reapareció en aquel momento, y apenas se halló a pocos pasos de su mujer sonó un disparo y cayó en tierra, sin vida.

Acudieron Canterac, Pirovani y otros amigos y comprobaron la

muerte instantánea del caído.

Robledo comprendió lo ocurrido y desesperábase por no poder perseguir al criminal, que no podía ser otro que Manos Duras, que había querido vengarse de su derrota.

En efecto, Manos Duras había fingido abandonar la estancia, y cuando los peones se hubieron retirado volvió, a caballo, y apuntó, desde una ventana, en dirección a Robledo, pero la bala alcanzó al marqués.

* * *

El dolor de la viuda no fué inconsolable, ni mucho menos, pero el luto le sentaba tan bien, que le proporcionó el modo de fingir su pesar a cambio de lucir finísimas *toilettes*.

Desde la muerte del marqués, Robledo no vivía bajo el mismo techo que cobijaba a Elena, y rehuyó su trato; pero ésta no parecía dispuesta a moverse de allí.

La paz y el sosiego de aquellos lugares velanse turbados por la presencia de la tentadora mujer, y a Robledo le asustaban las consecuencias que pudiera acarrearles a todos.

Pirovani y Canterac se habían propuesto la conquista de la bella

viuda, y todo les parecía poco para conseguirlo.

Pirovani hablaba con un peón evitando que nadie los viera conversar en secreto.

El italiano le daba ciertas instrucciones, y el obrero asentía con la cabeza. Comprendía lo que quería, y procuraría complacerle a la medida de sus deseos.

V, despidiéndole, le dijo, por último, Pirovani:

—¡Parte a todo galope!... Y no olvides que quiero los mejores perfumes que puedas encontrar.

El peón marchó en seguida y Pirovani frotóse las manos pensando en lo contenta que se pondría Elena cuando él fuese a visitarla y la obsequiase con las esen-

cias más costosas que hallase su enviado a la ciudad.

Pirovani creía no haber tenido testigos oyentes de su conversación con el peón, pero era el caso que ésta fué sorprendida por Canterac, su rival.

El francés echóse a reír, cuan-

do su rival desapareció de lo que supusiera discreto lugar, y comentó con el compañero que estaba con él:

— ¡Perfumes!... ¡Qué inocencia!... ¡Como si eso pudiera llamarle la atención!... Yo sí que voy a dar el golpe con mi fiesta...

* * *

La rivalidad existente entre los dos compañeros de fatigas no pasó inadvertida para Robledo.

Una mañana, éste les llamó a su despacho, para aconsejarles amistosamente, deseoso de apartarlos de la pendiente por la cual estaban a punto de despeñarse sin remedio.

— ¡Amigos míos! —les dijo gravemente—. Hemos luchado y sufrido juntos para llevar a cabo esta empresa... Estamos haciendo historia y no podemos permitir que nadie, hombre o mujer, nos detenga.

No les nombró directamente a Elena, pero como a un culpable no es necesario decirle que ha cometido tal o cual falta, porque tanto lo sabe, Pirovani y Canterac comprendieron el alcance de sus

palabras, y le escuchaban guardando religioso silencio.

Robledo puso sus manos en los hombros del italiano, fraternalmente, como vivieran hasta entonces, y le dijo, persuasivo:

—Acuérdese, Pirovani, de su hijita, que le está esperando en Italia.

El romántico compañero meditó sobre el consejo, pensando en su hija, y alejóse del despacho cabizbajo. Sin embargo, sobre el recuerdo de su niña se perfilaba en su mente la silueta de Elena, cuyos ojos le miraban prometiéndole caricias sin cuento...

Robledo habló luego con Canterac, el autoritario militar tan débil en sus pasiones.

—Y usted, Canterac, ¿va usted a olvidar a su esposa?

El aludido no respondió. Acaso no lo hizo para no enojarse con el ingeniero. Aquel era un asunto puramente personal... y él lo resolvería a su manera...

Al verle partir rezongón, Robledo exclamó para sí, compungido:

—¡Dios los crea y la mujer los pierda!

Pero, ¿era posible que Elena ejerciera tanta influencia en ellos?

¿Por qué no eran todos como él: fuertes y voluntariosos?

¡Infelices!

Y Robledo sentóse de nuevo a su mesa de trabajo y puso en orden algunos papeles.

Celina apareció ante él, sonriente y candorosa. Al pasar cerca de la casa le vió trabajando y entró a saludarle.

Le encontró visiblemente contrariado.

—Buenos días, señor Robledo.

—Buenos días, Celinda.

—¿Qué le pasa a usted?

—Nada, amiguita.

—Le veo a usted muy preocupado.

—El trabajo que pesa sobre mí me abruma...

—¿No será otra cosa?

—¡Por qué lo dices, Celinda!

—No sé, señor Robledo... pero desde que esa mujer llegó aquí ha perdido usted su tranquilidad.

—¿También tú te has dado cuenta de lo que sucede?

—Doña Elena es muy hermosa, es verdad; y a ustedes...

—A los otros, Celinda... Yo no me preocupo por mí, sino por ellos... Yo quisiera que esa mujer nos dejase en paz a todos... ¡Si fuera como tú!

La linda moza se arreboló y quedóse aún hablando un rato con Robledo, por el que sentía una viva simpatía rayana en otro sentimiento que no se atrevía a confesarse...

Y sea por lo que fuere, Robledo resolvió, después de haber hablado con Celina, entrevistarse con Elena.

Fué a su casa y mandó llamarla.

Elena estaba en su habitación, aburrida, sola, dolorida por los desdenes del hombre que la enamoró una noche de Carnaval. El hijo de la indígena que estaba a sus órdenes como criada, entró en

su cuarto y sentóse en el suelo, mirándola con sus ojillos vivarachos y su carita sucia.

Ella le contempló casi con repulsión, pues sólo amaba el lujo, pero la risa de la criatura era tan franca, tan atrayente, que al fin sintió despertar en su interior ternuras maternas aletargadas y sentóse en tierra junto al niño, para jugar con él como un chiquillo más.

La criada, cuando fué a avisarle que el ingeniero la esperaba en la planta baja, sorprendióse de encontrarla en tan cariñosa actitud con el niño, y se lo agradeció en el alma.

El anuncio de la visita de Robledo iluminó de esperanza el rostro divino de la viudita.

Retocóse ante el espejo y, moderando sus ímpetus de enamorada, acudió lentamente al encuentro del ingeniero.

Se le presentó seria, pensativa.

—¿Quería usted verme, Robledo?—le dijo.

Este hizo un esfuerzo para decirse a exponerle con toda crudeza el motivo de su visita, y dijo al cabo de un momento de vacila-

ción, que ella no dejó de notar:

—Elena, usted no puede seguir viviendo aquí. Debe usted regresar a París.

A decir verdad, Elena había temido esto. Había llegado, pues, el momento de jugarse la última carta.

Y contestó, colocándose frente a frente de Robledo, que esquivaba torpemente sus miradas y su contacto:

—¿Y usted quiere que me vaya?

—Sí. Es preciso. Mis hombres han perdido el sosiego por causa de usted.

—¿Qué culpa tengo yo en ello? A mí no me importan sus hombres, usted lo sabe tan bien como yo.

—Las cosas han llegado a un extremo del que no pueden pasar... Le he reservado pasaje en el próximo vapor. Prepare su equipaje y mañana...

—Está bien. Si la orden es tan terminante como eso... Pero, ¿debo irme sola?

Robledo sintió el calor del aliento de la hermosa en su rostro. Se apartó de ella y contestó:

—Por supuesto...

—¿Está usted seguro?

—En absoluto. Ninguno de esos necios puede acompañarla.

Elena no quiso seguir por aquel camino de ineficaces insinuaciones. Recobró su personalidad de siempre y se abrazó a Robledo a la fuerza.

—¡Suéltame, Elena!... Nada puede existir entre los dos, harto lo sabe usted también.

—Robledo, no mienta usted más. ¿Por qué no viene usted conmigo? La vida nos espera para sonreírnos siempre...

—¡Nunca!

—¿Acaso no me dijo usted que me quería?

—Eso fué entonces, no ahora.

—¿No se acuerda usted de nuestro encuentro en París?

La entereza de Robledo flaqueó al evocar las deliciosas horas pasadas en París, la ciudad del amor, junto a Elena, cuando desconocía quién era ella. No había podido olvidar su más bella aventura y la forma en que ocurrió, altamente novelesca. La emoción de que gozó al estrechar entre sus brazos a la máscara que

le enviara el cielo, jamás se borraría de su corazón. El recuerdo del momento en que Elena le descubrió el rostro, le acompañaría hasta la muerte. Porque fué una locura de amor lo que había vivido, y nunca, nunca encontraría otra mujer que le hiciera amar tanto la vida como ella aquella noche de placeres sueltos por el jardín del Gran Teatro...

Arrullado por el bello ayer, Robledo cedía, cedía, y Elena, comprendiéndolo así, estrechaba más el abrazo y aumentaba la tentación ofreciéndole, cerca, muy cerca de los suyos, sus labios finos y rojos como sangrando de pasión...

Robledo olvidóse de la fortaleza de que tanto alarde hacía, y se inclinó para declararse derrotado.

Pero logró refrenarse, y apartándose bruscamente de ella, contestó, inflexible:

—¡El pasado murió apenas nacido!

Y, temeroso de caer de nuevo en la tentación, precipitóse fuera de aquella casa habitada por el mismo diablo.

¡SANGRE!

Los obreros de la presa habían abandonado sus labores para ocuparse de la fiesta ideada por Canterac.

Con la ayuda de todos se improvisó una fiesta de baile en una plazoleta, y de los postes que sujetaban el toldo que cubría la pista colgaban adornos multicolores.

Los obreros y sus parejas vestían sus mejores galas.

Pirovani lucía un *smoking*, con el que no podía ocultar su origen plebeyo, y Canterac, para *épater* a la codiciada viuda, se había puesto su flamante uniforme de teniente coronel, ostentando sobre su pecho la roseta de oficial de la Legión de Honor.

Timoteo también estaba en la fiesta, ilusionado, como sus compañeros, con Elena.

La competencia entre los pretendientes de la viuda era reñida, y todos esperaban con ansia salir vencedores en aquella lucha singular por el amor de una mujer.

Canterac fué a recoger a su casa a Elena, y, orgulloso de ser su acompañante en aquella solemnidad en honor de ella, pasó de su brazo entre los asistentes a la fiesta.

Pirovani saludó a Elena entusiasmado, y deseaba poder hablarle a solas, pues le traía un obsequio.

Timoteo y otros pretendientes también la saludaron personalmente, y con todos mostróse Elena amable.

Pero no era feliz a pesar de tantas demostraciones de admiración. Ello sólo halagaba su va-

nidad de mujer, mas, en cambio, le revelaba que nada podría hacerle dichosa sino el amor de Robledo, y éste no estaba allí...

Canterac la devoraba con la mirada.

Aquella mujer se había apoderado de todo su ser de un modo invencible, y, preso en los encantos de ella, tan sólo le preocupaba, del pasado y del presente, el hacerse amar con la misma pasión que lo esclavizaba...

Quería estar solo con ella, confesarle que sin su compañía le parecía imposible ya seguir viviendo, y que a todo estaba decidido por hacerla feliz.

La esposa que aguardaba en Francia y que, celosa de rehabilitarle, pagaba religiosamente sus deudas, había desaparecido de su pensamiento, rechazada de él por la enloquecedora mujer que había llegado a convencerle de que ni en el más alejado rincón del mundo puede un hombre vivir en paz.

La conquista de la bella viuda era su obsesión, y en su exaltación se le antojaba que el ideal que todos nos forjamos en nuestra imaginación anhelando lo más

inasequible, se había hecho carne en Elena.

—¿Le gusta a usted esta fiesta?—preguntóle.

—Mucho. No se olvidó usted de ningún detalle, y estoy muy satisfecha.

—Pero usted merece mucho más. Mi deseo hubiera sido poder ofrecerle esta fiesta en París. Aquí hay pocos medios para lucirse...

—No se queje usted... Yo la encuentro admirable.

—Por verla a usted esta noche hubiera yo dado cuánto posco... y más todavía.

—¿Y por qué esta noche precisamente?

—Porque he sabido que es la última que usted piensa pasar entre nosotros. Por eso yo...

—Quiso despedirme con algo sonado para que yo guarde un buen recuerdo de usted, ¿verdad?

—Por otro motivo más poderoso, marquesa... ¿No lo adivina usted?

—No sé...

Las notas alegres del pericón nacional se esparcieron por los ámbitos de la fiesta.

Elena contempló con melancolía cómo gozaban las jóvenes parejas y le pareció más insostenible su soledad... pues sola estaba aunque la acompañase Canterac.

Numerosos bailarines trenzaban la danza del país, contentos, sin complicaciones mentales, sencillamente... Las malas pasiones estaban lejos de ellos, y así eran felices y buscaban compartir con una o uno su felicidad.

A Canterac le molestaba la alegría ajena, y después de dejar transcurrir algunos instantes, para no interrumpir a la marquesa en su contemplación demasiado pronto, le murmuró:

—¿Quiere usted que vayamos al trono que he levantado para usted en el jardín?

—¿Un trono?—contestó Elena, sorprendida.

—Sí, marquesa. Un discreto lugar adornado con faroles venecianos, rodeado de vegetación y en cuyo fondo hay un lecho de cojines para que pueda usted descansar.

—Es usted admirable, Canterac.

—Marquesa, cuando unos ojos miran como lo hacen los de usted...

—¿Le gustan mis ojos?

—¡Con locura! No he visto otros iguales.

—Es curioso.

—¡Son únicos!

—Es la primera vez que me lo dicen. Seguramente, querido Canterac, habrá usted visto pocos ojos.

—Marquesa, no se ría usted de mí.

—La tristeza no conduce a nada...

—Pero las amarguras nos conducen a ella.

—Filosofía...

—Marquesa... hemos de hablar... Yo la suplico...

—Es verdad... Me olvidaba de mi trono... Perdóneme, Canterac... Esta noche estoy atontada...

—Lo comprendo... A mí me sucede lo mismo... Si en lo demás coincidiéramos como en esto...

—¿Qué es lo demás, Canterac?

—Vayamos al jardín, marquesa...

* * *

Rebledo se trasladó aquella noche a la presa para comprobar el estado de las obras. Todos los hombres debían hallarse allí, pues convenía levantar con urgencia una muralla provisional de contención de aguas.

Su indignación no tuvo límite al ver que los obreros habían desertado en su mayor parte.

—¿Dónde están los hombres? —preguntó—. Esta noche debían estar todos aquí.

—Canterac se los llevó para trabajar en los preparativos de la fiesta—le contestaron.

—¡Maldita sea! ¿Con qué derecho hizo eso? Pero Pirovani y Timoteo, ¿dónde están? ¿Es que se han vuelto todos locos?

Iracundo, dirigióse a la fiesta,

dispuesto a imponer su autoridad, y en tanto, Canterac, llegado con Elena a la parte mejor adornada de la fiesta, donde le levantara el trono que correspondía a su belleza, le dijo.

—No se vaya usted mañana. Quisiera poderle probar el profundo interés y admiración que usted me inspira, marquesa.

Se sentaron en los mullidos cojines, muy cerca Canterac de la viuda.

—¿Pretende usted, al fin, declararme su amor?—respondióle ella, sonriente, tentándole con sus burlas.

Canterac no pudo reprimir por más tiempo sus ansias de correspondencia, y estrechando contra sí a la que tan poderosamente le

había conquistado la voluntad, exclamó, con la fiebre del deseo:

— ¡Elena, la quiero, la adoro!
¡Daría mi vida entera por un solo beso de esos labios tentadores!

Elena se esforzaba por rehuir las caricias del exaltado ex oficial francés, pero Canterac llegó a besarla y en tal momento apareció ante ellos Pirovani, livido, el rostro encendido por la ira.

De un manotazo apartó a Canterac del lado de la viuda, y le echó en cara su indignidad.

— ¡Atrás, miserable! ¿Cree usted poder comprar el amor de una señora como doña Elena?

Canterac, ofendido delante de la mujer que él amaba con ceguera, recordó que llevaba puesto el uniforme que ostentara en sus heroicos tiempos y abofeteó a Pirovani.

El italiano se abalanzó a él, blandiendo un puñal, para vengarse de su rival, y los dos hombres, enloquecidos por la misma mujer, lucharon a muerte....

Canterac desenvainó su espada, y, oponiendo su templada hoja entre su compañero y él, le atravesó el cuerpo.

Elena huyó, sin rumbo...

Canterac quedó aterrado, y ante su crimen, que no quería cometer, gimió:

— ¡He matado a mi amigo!

Robledo llegaba en aquel momento y oyó esta dolorosa exclamación, por la que Canterac se acusaba de su delito.

— ¡Qué ha hecho usted! — reprimióle.

Pero no ocultándosele que aquello había sido obra de la fatalidad, que Canterac, por defenderse, mató sin querer, pensó en no agravar más la tragedia.

— ¡Huya usted, Canterac! — le dijo—. Yo trataré de arreglar el asunto.

Convenía proceder de prisa, pues la gente, enterada de la muerte de Pirovani, se arremolinaria pronto ante el cadáver.

Canterac vaciló.

— Quisiera, antes de irme, decir adiós a la marquesa.

— ¿Para qué? ¡Encomiéndese usted al diablo, mejor!

Y Canterac, para salvarse, huyó.

Los obreros, consternados por el trágico final de tan espléndida

fiesta, se dejaron conducir por Timoteo a la presa, y en camino, a caballo, de la misma, Robledo encontró a Elena, a quien increpó con dureza:

—Un hombre acaba de matar a su amigo... Otra vida sobre su conciencia.

—¿Por qué sobre mi conciencia? ¿Qué he hecho yo?

Robledo le enseñó el retrato ensangrentado de la hija de Pirovani y el cual halló asomándose por un bolsillo del italiano al reconocer que éste había muerto.

Elena lo apartó de sí con horror.

—¿Qué he hecho yo?

—Usted tuvo la culpa de la muerte de su marido.

—Murió por mí, es cierto, pero no por mi culpa.

—Dejó usted que Fontenoy se arruinara.

—Mi marido me había vendido a Fontenoy.

—Uños han muerto por usted... otros han abandonado su trabajo y otros han perdido su honor... Todo por usted.

—¿No por mí?... Iban en posesión de su felicidad, sin alma y sin corazón. Pero existe en mí algo más puro, algo más sincero... mi amor por ti.

—¡Mientes, condenada, mientes! ¡Has perdido a otros hombres, pero no me perderás a mí!

—Robledo, escúchame...

—¡Aparta! ¡Qué asco!



LA CULPA DE LOS DEMAS

Robledo huyó al galope hacia la presa. Una terrible explosión hizo temblar la tierra a sus pies, y no comprendía la causa de la misma.

Al llegar al dique se enteró de lo que había ocurrido. Era una venganza de Manos Duras: Había hecho explotar una bomba para derribar lo que tanto trabajo costara de levantar para contener las aguas que convertirían, bien distribuidas, en fértiles los campos yermos.

Manos Duras pudo trabajar sin impedimento alguno durante la ausencia de los obreros desertores, que se dejaron deslumbrar por las luces de la fiesta de Can-

terac; y ahora todos se arrepentían de su falta.

En la presa se abrieron numerosas brechas y el agua amenazaba propagarse por el llano inundándolo.

Era preciso, para impedirlo, levantar una muralla, la muralla que Robledo ordenó que se levantara aquella noche para prevenirse contra un caso como aquel.

Reunió a sus obreros y les dijo:

—Si pudiéramos construir la muralla hasta impedir que el agua pase por la brecha, tendríamos probabilidades de salvar la mayor parte de la obra.

Ninguno de los obreros rehusó

su cooperación en tan grave caso.

Y empezó, agravada por una rápida lluvia, temida desde la tarde, la ruda labor, que consistía en amontonar sacos de arena para cerrar el paso a las aguas.

Y aquella fué una noche de fatigas sin cuento... de cansancio y desesperación que amenazaban convertir a los sumisos obreros en temibles rebeldes.

La lluvia arreciaba.

Los obreros que caían, agotados sus fuerzas, eran separados de los demás, para no entorpecer la acción de estos; y algunos, dominados por su nerviosidad, desistieron de seguir obedeciendo a Robledo.

Nada, abandonaban el trabajo, antes de que dejaran allí todos sus vidas.

Robledo contuvo a los rebeldes con un revólver.

— ¡Al primero que retroceda le pego un tiro! — gritóles.

No le creyeron a pesar de la amenaza, y, obligado a obrar, para ser obedecido, Robledo disparó su revólver e hirió en una mano, levemente, al jefe de los rebeldes; pero este aviso bastó para

devolver al trabajo a los demás.

Sin cesar de amenazarlos con su revólver, Robledo alentaba a perseverar un poco más en su empeño a sus hombres, y ya la brecha iba cerrándose, cuando un nuevo derrumbamiento de la obra dió al traste con todos los sobrehumanos esfuerzos realizados.

Y se oyó un grito siniestro:

— ¡Estamos perdidos!

Los obreros huyeron a la desbandada, para ponerse a salvo de la inminente inundación, y Robledo quedó solo en la presa.

Sus amigos, entre los que se hallaba el sacerdote de la colonia, le llamaron, temerosos de verle perecer en su empeño de contener por sí solo, terminando la muralla, la avalancha líquida que rugía en el dique; y fué milagro que, al desbordarse impetuosamente éste, Robledo pudiera ser recogido por ellos.

Afortunadamente, no había que lamentar desgracias personales.

El sacerdote arengó a los hombres.

— ¡De rodillas, hijos míos! ¡Dad gracias a Dios por haberle

salvado la vida a nuestro valiente Robledo!

Y, bajo la persistente lluvia, aquellos hombres que antes pecaron, y que tan caro estuvieron a

punto de pagar su culpa, repitieron las palabras de gratitud que el pastor de almas pronunciaba dirigiéndolas a las alturas, a la luz...

* * *

Todo se conjuraba contra Elena. Pero no era Elena la causante de aquellos males que sembraba a su paso. Ella no era más que la víctima propiciatoria del destino.

Robledo, reflexionando sercamente en medio de su desesperación por el desmoronamiento de sus ilusiones puestas en la presa, lo comprendió así, y tuvo piedad de ella y se apiadó de sí mismo.

Y desde la presa inundada fué al encuentro de Elena, que se hallaba, muerta de dolor por su fatal ascendiente sobre los hombres, en su casa, y le dijo, zarandeándola, resistiéndose aún, pero inútilmente, a dejarse vencer:

— ¡Te odio! ¡Quisiera matarte, pero no puedo!

— ¡Perdón, Robledo, si por mí estás sufriendo!

— ¡Elena! ¡Elena! Quise resistirte, pero me has vencido.

— ¡Robledo!

— ¡Volvamos a París, amor mío, donde tú quieras!

— No, tú no puedes abandonar tu trabajo. No quiero que te declares vencido. Te quiero demasiado para dejar que destruyas lo que tanto trabajo te ha costado.

— No tengo fuerzas para volver a empezar. Nada me importa ya. Quiero pensar solamente en ti.

— No, Robledo, no. Tú te debes a tu obra.

— ¡No puedo más, Elena! ¡No me abandones!

— ¡Abandonarte! Si tú eres mi vida...

Como un niño, Robledo se acurrucó en Elena, que le cubría de caricias bañadas en lágrimas, conociendo al fin el sabor de la felicidad, de la verdadera dicha con el amor verdadero, y así transcurrió el resto de aquella noche.

Al amanecer, cuando Robledo se separó de ella, Elena, dejándose caer, amargada por los recuerdos del ayer, sobre un diván, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Quién pudiera borrar su pasado para empezar de nuevo la vida!

Quería redimirse con una exis-

tencia ejemplar, para ser digna del amor que Robledo había puesto en ella, y, firmemente resuelta a triunfar de sus antiguos hábitos, resolvió huir de él; y le dejó la siguiente carta:

Manuel, amor mío:

Cuando leas esta carta, habré desaparecido para siempre de tu lado. No puedo ni debo quedarme. Mi amor sería tu perdición, como ha sido la de tantos otros, por obra de la fatalidad.

Tuya siempre, siempre,

Elena

Y partió,



¡VICTORIA!

Seis años habían transcurrido desde entonces.

La heroica empresa acababa de ser realizada.

El enorme dique levantábase orgulloso sobre las extensas llanuras que iba a transformar esplendorosamente.

Era el día de la inauguración.

Altas personalidades del país se hallaban en la Tribuna oficial, y ante un gentío enorme, el representante del Gobierno pronunció un breve y elocuente discurso.

—¡Ciudadanos! Hoy celebramos un acontecimiento trascendental para la Argentina. ¡Honremos el hombre que con su inteligencia y sus esfuerzos ha contribuido a la culminación de esta obra gigantesca... Manuel Robledo!

El héroe fué condecorado, y el público prorrumpió en frenéticos aplausos.

Robledo, emocionadísimo, dirigió a su vez la palabra a los allí reunidos:

—¡Señores: en estos felices instantes quiero recordar a mis compañeros de trabajo y a todos los presentes y ausentes, cuya influencia y apoyo fueron el principal estímulo para llegar al fin de esta empresa. En los triunfos del hombre, como en sus fracasos... buscad a la mujer... la que con mudo heroísmo nos sostiene y alienta para continuar luchando... la que...

Aquí se interrumpió bruscamente. Acababa de descubrir entre el público un rostro conocido. Su corazón saltó en su pecho...

Acababa de recibir el mejor premio a que podía aspirar.

Allí estaba, escuchándole, adorándole con los ojos, Elena.

Robledo saltó de la tribuna y fué a su encuentro, abrazándola con la potencia de su buen amor.

Elena desmayóse, de emoción, ligeramente, en sus brazos; y Robledo, conteniendo en sus párpados

unas lágrimas de felicidad, terminó su discurso, ante la curiosidad general, así:

—Y aquí, ante todos los que me escuchan, quiero dar las gracias a la mujer que en las horas más negras y difíciles me dió fuerzas para vencer.

Y atronadores aplausos acallaron el rumor de unos besos.

FIN

Próximo número:

LA MAGNÍFICA NARRACIÓN

TRÍPOLI

por
ESTHER RALSTON

y varios notabilísimos
artistas

Adquiera usted, si no lo ha hecho
ya, el número anterior publicado en
esta colección

La Castellana del Líbano

Bellísimo asunto interpretado por
Arlette Marchal e Ivan Petrovich,
inspirado en la célebre novela de
PIERRE BENOIT

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre, por Mae Murray. John Gilbert y Roy d'Arcy. — **El Gran Desfile**, por John Gilbert y Renée Adair. — **Miguel Strogoff o El Correo del Zar**, por Ivan Mosjoukine, Nathalie Kovanko y Tina Meller. — **La princesa que supo amar**, por Huguenie Duflos y Charles de Roche. — **El coche número 13**, versión moderna de la célebre novela de Xavier de Montepin. Creación de la genial artista Lily Damita. — **Sin familia**, por Leslie Shaw. — **Mare Nostrum**, por Alice Terry y Antonio Moreno. — **Nantás, el hombre que se vendió**, por Lucienne Legrand y Donatien. — **Cobra**, por Rodolfo Valenino. — **El fin de Montecarlo**, por Francesca Bertini y Jean Angelo. — **Vida bohemia**, por Lillian Gish y John Gilbert. — **Zazá**, por Gloria Swanson. — **¡Adiós, juventud!**, por Carmen Boni. — **El judío errante**, por Gabriel Gabrio. — **La mujer desnuda**, por Louise Lagrange, Ivan Petrovich, Nita Naldi, etc. — **Casanova**, por Ivan Mosjoukine. — **Hotel Imperial**, por Pola Negri. — **La tía Ramona**, por Luisa Fernanda Sala. — **Don Juan, el burlador de Sevilla**, por John Barrymore. — **Noche Nupcial**, por Lily Damita. — **El Séptimo Cielo**, por Janet Gaynor y Charles Farrell. — **Beau Geste**, por Ronald Colman. — **Los Vencedores del Fuego**, por Charles Ray y May Mac Avoy. — **La Mariposa de Oro**, por Lily Damita. — **Ben-Hur**, por Ramón Navarro. — **El Demonio y la Carne**, por Greta Garbo, John Gilbert y Lars Hanson. — **La Castellana del Líbano**, por Arlette Marchal e Ivan Petrovich.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

¿Ha adquirido usted ya el
Número-Almanaque
para 1928 de
La Novela Semanal
Cinematográfica?

/

Ningún amante de la cinematografía debe dejar de comprarlo.
Alarde editorial · Regalo de
un precioso álbum para coleccionar las postales de

La Novela Semanal
Cinematográfica del año 1927

SEA LISTED COLECCIONISTA

de la selecta

Biblioteca "Nuestro Corazón"

publicación quincenal de novelas
sentimentales de reputados autores



NÚMEROS PUBLICADOS:

Núm. 1

La que se hizo amar

por MARCEL PROLLIT



Núm. 2

Nada se borra

por MAX DERVIOUX



Núm. 3

La esposa y la amiga

por JOSÉ BAEZA VALERO



Núm. 4

El hombre que no servía
para nada

por JONAS CLARY

Núm. 5

La falta del hombre

por RENÉ THOTET DE BANCIS



Núm. 6

Mujeres

por FRANCISCO-MARIO BISTAGNE



Núm. 7

Lecciones de la vida

por PÉLUS LÉONNEC



Núm. 8

La Primavera
reflorece

por MICHEL NOUR

ACABA DE APARECER:

EL SEÑOR FRANCISCO

por FRANCISCO-MARIO BISTAGNE



Recomendamos a todos la
lectura del sentimental y au-
téntico manuscrito hallado en
las trincheras

El amor de un soldado desconocido

Novela inglesa traducida al
castellano por el Doctor Max.

ÉXITO EDITORIAL

La obra del día en España
y América

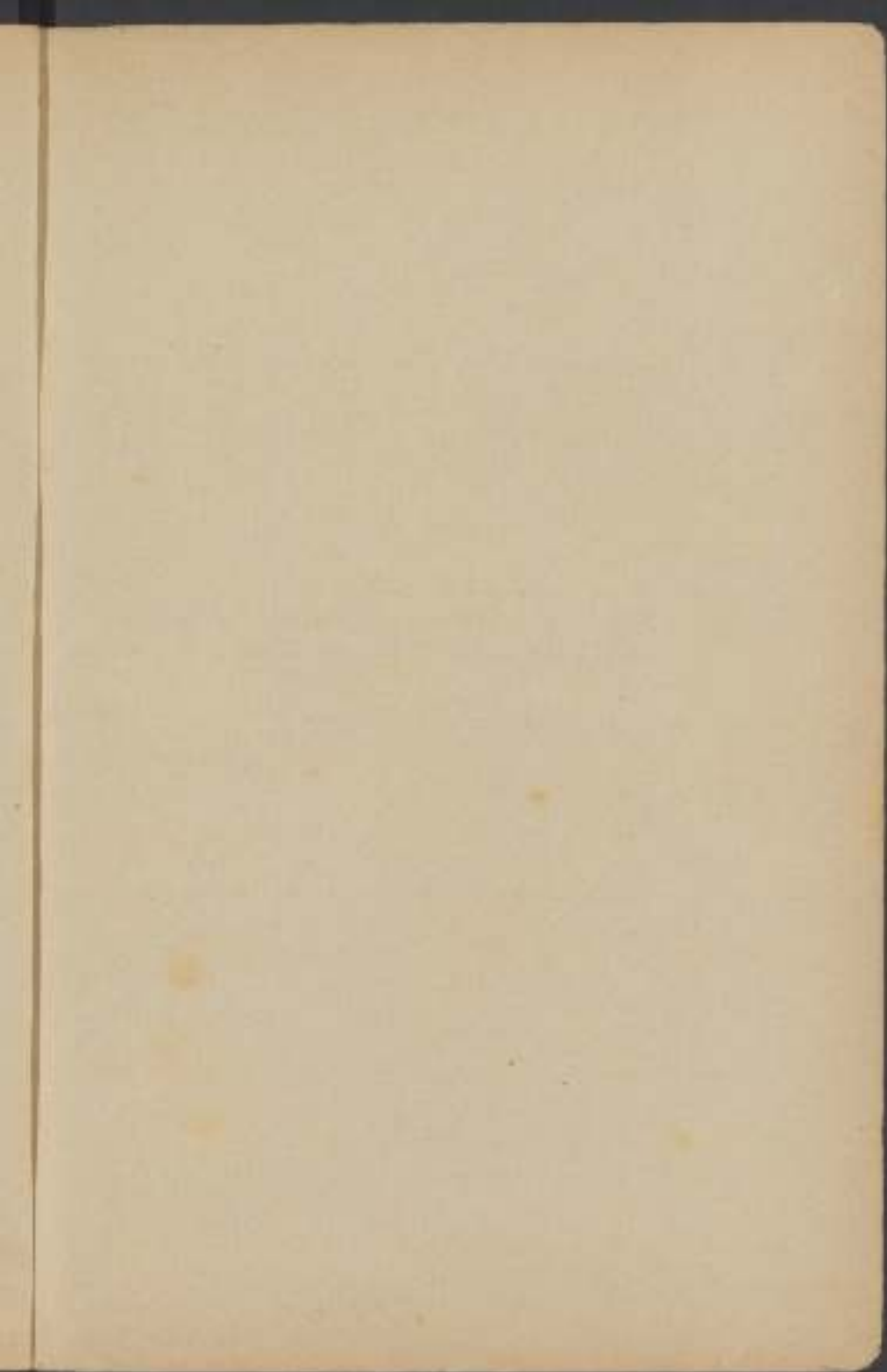
Precio: 3'50 Pesetas

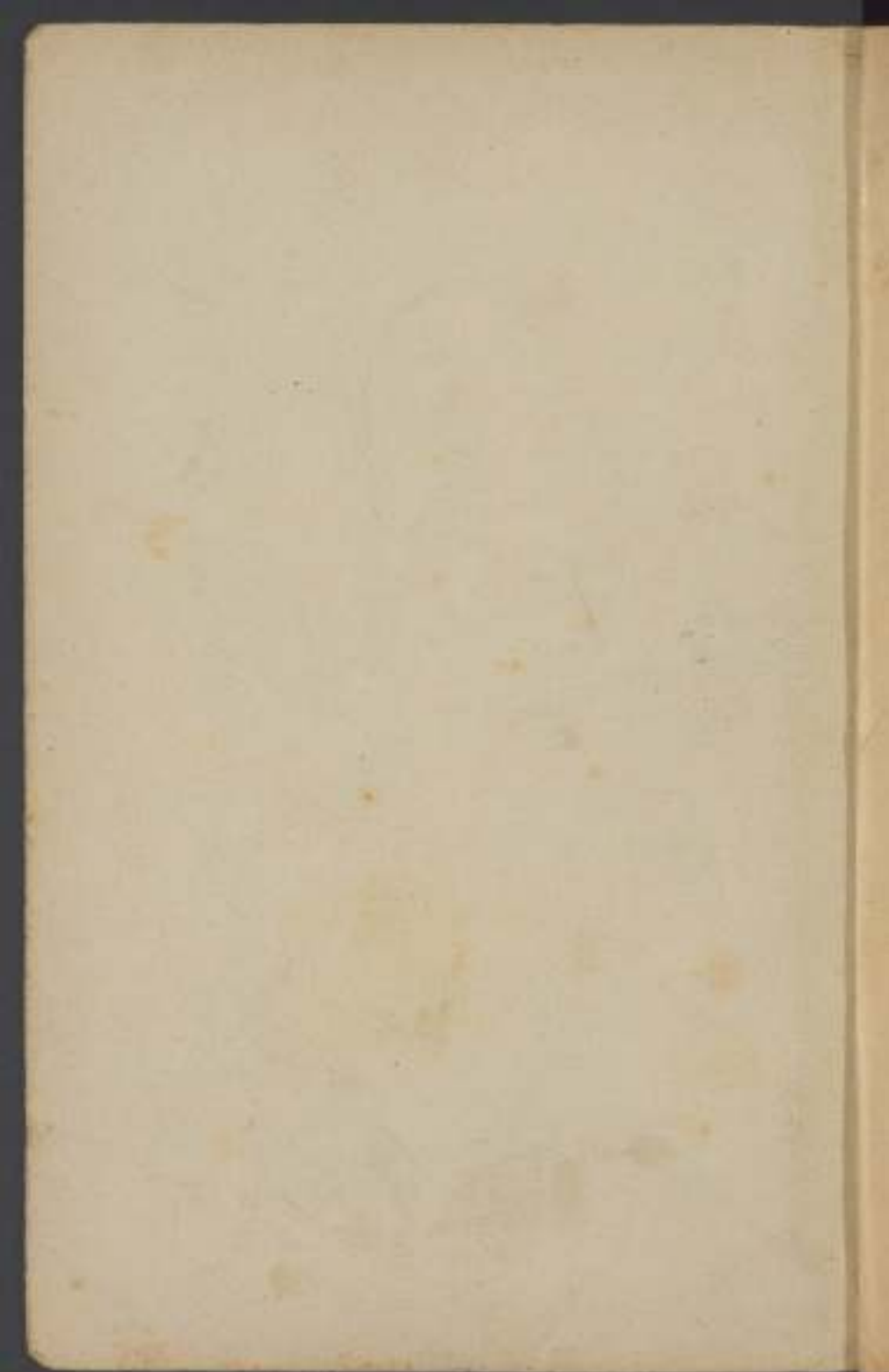


EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Berhará, 16. — Madrid: Ferraz, 21.
Irán: Ferrocarril, 20.







EB

Precio: 1'50 ptas.